

POR LA CULTURA VASCA

DISPUESTAS por la Excma. Diputación de Vizcaya y organizadas por la Junta de cultura de la misma, se está celebrando en la sala de audiciones de la Sociedad Filarmónica de Bilbao, un ciclo de Conferencias en que se desenvuelven las materias más íntimamente relacionadas con la cultura vasca.

D. ANGEL APRAIZ

El docto catedrático de la Universidad de Salamanca ha sido el encargado de iniciar estas cultas labores, tomando como tema de su Conferencia un asunto de tan palpitante actualidad como es la «Universidad vasca»:

«He de empezar por sentar una afirmación, dijo el Sr. Apraiz, ya que ella por sí sola justifica completamente la organización de esta Conferencia.

»No puede definirse la personalidad de un pueblo, si ella no se funda en la conciencia que este pueblo tenga de sí mismo, es decir, de su propia cultura.

»En esto se ha basado la prosperidad y grandeza de las naciones que hoy vemos más fuertes y respetadas; en ello, sobre todo, se ha basado el poder espiritual, que ha hecho que países débiles y aun otros sometidos a la dependencia de un Estado inferior, en este respecto, hayan logrado el perfeccionamiento mediante el cultivo de los medios mismos de la vida material, de sus dotes intelectuales, de sus artes, de su lengua, de sus instituciones; mediante el impulso, especialmente, que dieron a sus valores morales.

»Venimos hoy a tratar, en estos momentos tan solemnes y decisivos, el tema gratísimo de la Universidad vasca futura, como centro de todas las enseñanzas.

(Continuará.)

POR LA CULTURA VASCA

(Continuación.)

»No nos es lícito considerar la cuestión con la mira restringida del que sólo trata de allegar, para nuestro pueblo, uno de esos establecimientos centralizados, uniformados y de una frialdad burocrática no del todo fácil de vencer.

»La implantación de uno de esos centros en nuestra tierra, que tanto amamos, ha de ser para dotarla de una vida correspondiente a la nuestra, manifestada con multiplicidad de variedades.

»Para que la Universidad sea un fin, necesita ser un medio, medio para la cultura, que es a su vez un medio para la prosperidad de un país y para la gloria de Dios, como lo prueba la Universidad de Columbia, de Nueva York.»

Los distintos tipos de Universidades norteamericanas, inglesas y alemanas, fueron objeto de la atención del notable conferenciante; pero se fijó muy especialmente en la de Columbia, diciendo a este propósito que durante su permanencia en dicho centro cultural concibió la mayor parte de las ideas que iba a explicar en la Conferencia.

«Entre las universidades yanquis hay unas que siguen el tipo inglés o sea el educativo integral, y otras que siguen el tipo de Hoffman, o sea el del cultivo de las ciencias por sí mismas.

»Hay otras más características que mezclan uno y otro tipo, y añaden organizaciones nuevas como las que se refieren al trabajo manual, la escuela para periodistas, museo de arte dramático, escuela del trabajo doméstico, etc., a la enseñanza universitaria, a la segunda enseñanza y a los grupos de enseñanza elemental.

»A este tipo responde la Universidad americana de Columbia.

»Este concepto de la Universidad, como conjunto de todas las enseñanzas, es el más adecuado para nuestro pensamiento y el mejor para realizar una organización de la cultura en nuestro país.

»Tal tipo no deja de ofrecernos, por las circunstancias de pueblo joven, a pesar de su larga historia, dispuesto para la acción y lleno de las más risueñas esperanzas, analogías que parecen indicar para él, un tipo de educación semejante al que en el mundo americano está elaborando una civilización cuyo porvenir nos asombra.

»Quizá no hubiera sido inútil que tratara hoy de desmenuzar el funcionamiento de una Universidad americana, aunque os produjera la impresión de un viajante de universidades, al modo que lo hice ya en la más vieja de las Universidades españolas, en la cual, por pertenecer a ella, es mi deber trabajar por el esplendor de su antiguo nombre.

»Los principios fundamentales de la educación alemana y de la inglesa, considerados como los dos tipos de cultura que hoy dominan y aún luchan en el mundo, con los caracteres preponderantes intelectual, nacional y patriótico de la primera, y de educación humana, moral y social de la segunda, ofrecen puntos de vista y ejemplos que de uno y otro deben aprovecharse tomando lo más conveniente y adecuado a nuestros medios, a nuestras necesidades, al estado social en que nos hallamos y a nuestra misma tradición y cultura.

»Al querer hacernos cargo, no de la gloria personal de tantos hombres de nuestra tierra que en todos los terrenos la han alcanzado, llevando a cabo empresas las más altas con su esfuerzo individual, sino de los semilleros en que se originaron tales frutos, notamos cierta disociación, cierta falta de unidad, hijas quizás de un pronunciado individualismo, con lo cual se explica el trasiego de muchos de nuestros hombres de mayor valía, y el que en la obra que realizaron no se vea el sello de común origen del que se dan sólo muestras aisladas.

»La historia de nuestros centros de enseñanza, ciertamente constituye un tema de gran interés.

»En ella nos encontramos, en la época más antigua a que nuestras investigaciones pueden remontarse, con un número considerable de establecimientos religiosos, conventos y seminarios en los cuales se tendía principalmente a difundir las ciencias eclesiásticas.

»En el de Alava adquirieron renombre los conocimientos preliminares, gramaticales y humanísticos, que servían para dar arribo a los altos estudios por nuestros ascendentes, seguidos en su mayor parte en las Universidades de Francia e Italia y en las clásicas españolas.

»Felipe II hizo restablecer en la villa de Bilbao, en Junio de 1581, los estudios de Náutica.

»En la primera mitad del siglo siguiente existían amplios estudios de Historia de la Lengua y de Arqueología en la Academia de Humanidades bilbaína, establecida en el Colegio de la Compañía de Jesús.

»Por entonces existían Universidades con tales títulos en nuestra tierra.

»El obispo Mercado y Zuazola fundó a mediados del siglo XVI la de Oñate y consiguió del Papa para ella fueros y exenciones iguales a

los que gozaban las Universidades de Bolonia, París, Salamanca y Alcalá.

»La mayor parte del caudal de la fundación se consumió en la parte arqueológica que aun contemplamos con añoranza, restándole esto los medios de vida necesarios.

»De la universidad navarra de Irache conocemos un folleto de su maestro de ceremonias, folleto que data de fines del siglo XVIII y en el que se explica la forma en que en aquel establecimiento se concedían los títulos de doctor.

»Tanto la Universidad guipuzcoana como la navarra fueron suprimidas en unión de otras nueve españolas por la Ordenanza central de reforma de 12 de Julio de 1807.

»Para esta fecha y debido a complejas causas habíase extinguido la actividad de la Sociedad Económica Vascongada de los Amigos del País; esa Sociedad, cuyo ejemplo, salvada la diferencia de los tiempos, podría ser el más digno de imitación, tanto por el celo que mostró por la enseñanza, como por la hermandad y amplitud de miras con que desenvolvió su interesante actuación.

»Pasadas las turbulencias de principios del pasado siglo, las Diputaciones vascas se propusieron prolongar la vida de la Universidad de Oñate, restableciendo la enseñanza hasta que fué suprimida nuevamente en 1842 por decreto del Regente del Reino.

»El Ayuntamiento de Vitoria acordó en 9 de Junio de 1821 el establecimiento de una Universidad en la capital alavesa, encomendando las gestiones conducentes al efecto al entonces diputado a Cortes general Alava.

»Se creó la Universidad con un presupuesto de 75.400 reales, incluyendo las fundaciones para cátedras de los conventos de Santo Domingo y San Francisco. Doce años después, en 1835, con motivo de la primera guerra civil, se trasladó dicha Universidad al palacio de Legarda, regresando nuevamente a la capital alavesa en 1840, para desaparecer juntamente con la de Oñate en 1842.

»Por aquella época se establecieron en el país vasco los Institutos de segunda enseñanza, creándose en 1848 el Real Seminario de Vergara.

(Continuará.)

CULTURA VASCA

(Continuación.)

»En 1886, la Diputación de Navarra, de acuerdo con las de Vizcaya, Alava y Guipúzcoa, proyectó la fundación de una Universidad Vasconavarra, cuyo gasto anual ascendía a 55.000 escudos.

»Merced a la libertad de enseñanza, decretada por la Revolución, el Ayuntamiento de Vitoria acordó el 1.º de Octubre de 1867, el establecimiento de Universidad libre. Su vida, tan gloriosa como efímera, concluyó en 1873 con las perturbaciones producidas por la segunda guerra civil.

»Nuevamente surgió en 1896 la Universidad de Oñate; con el carácter de oficial de Colegio dependiente de la Universidad de Zaragoza; y llevó una vida bastante próspera hasta 1900 en que quedó definitivamente suprimida.

»Con esto puede darse por cerrado el ciclo histórico de nuestra prosperidad en la enseñanza superior.»

Recordó a continuación los diferentes intentos realizados estos últimos años en todo el país vasco para la creación de un distrito universitario. Citó los trabajos periodísticos y las conferencias encaminadas a este fin; hizo historia de las gestiones hechas cerca de las autoridades para llevar a cabo el proyecto; del concurso que prestaron determinadas personalidades; del que todavía se hallan dispuestos a prestar valiosos elementos, amantes de la prosperidad del país vasco, y de la importancia que todo esto representa en bien del proyecto. Y añadió:

«Todo lo cual pone aún más de relieve la necesidad que se siente en este país de la creación de ese anhelado centro universitario.»

Expresó el alto concepto que le merecen la Escuela de Ingenieros de Bilbao, la Universidad Comercial y su hermana mayor la Universidad de Deusto, llena para el orador de juveniles recuerdos.

Y pasando a otro género de consideraciones, dijo:

«Por término medio se calcula en 1.500 el número de estudiantes que salen de nuestro país a cursar sus estudios a otros países.

»Aun cuando sólo fijemos la cifra de esos alumnos en 1.000, y que cada estudiante gaste, como minimum, cada año mil pesetas, la cifra de un millón de pesetas es el dinero que representa lo que sale del país vasco para ir a los bolsillos ajenos.»

Luego habló de la organización autonómica de la Universidad, de sus funciones, del personal docente, de su independencia en los textos, y de los títulos otorgados.

«Con respecto a los planes de estudio, añadió, la Universidad española no es más que una copia de la Universidad napoleónica.

»Los planes de estudios deben ser confeccionados de modo que resulten atendidos todos los sectores de la enseñanza, no solamente los tradicionales, sino los que reclaman las necesidades de la vida moderna.

»La vida universitaria ha de desarrollarse en forma que la Universidad sea una prolongación del hogar del estudiante, o mejor, su hogar escolar, donde encuentre cuanto apetezca, dentro de su vida de estudio, tanto en lo deportivo, como en distracciones sanas, como paseos amenos, etc.

»Está justificada la Universidad vasca por la innegable anormalidad del Estado en la distribución de centros docentes, y nadie niega el derecho y la justicia que asiste al País vasco para tener una Universidad propia.»

Analizó las capitales de la región vasca, considerándolas a propósito para sentar la base de la suspirada Universidad.

Hablando del programa de inmediata realización, dijo debe condensarse en mantener y hacer que prospere lo existente, mientras llega lo que todos anhelan y constituye su ideal.

Y añadió:

«En Bilbao, ese hospital moderno de Basurto, haría vuestro derecho incuestionable para la implantación, si no de una Universidad, por lo menos de una gran Facultad de Medicina. Pero no hay que conside-

rar la implantación de esta Universidad o Facultad de Medicina un negocio económico, como el que puede representar la traída de un regimiento, sino como un fin que ponga de relieve los anhelos de prosperidad de nuestra inteligencia.»

Terminó el Sr. Apraiz su discurso abogando por la celebración de un Congreso de Estudios Vascos, que bien pudiera tener lugar en Oñate, o en otro punto a propósito, en donde pueda estudiarse cuanto convenga a la enseñanza del país, y en donde tenga gallarda manifestación cuanto en beneficio de la enseñanza se piense y realice.

D. PEDRO GUIMÓN

El joven y competente arquitecto D. Pedro Guimón ha sido el encargado de la segunda de las Conferencias organizadas por la Junta de cultura de la Diputación de Vizcaya.

«La casa vasca» ha sido el tema adoptado por el notable disertante, quien ha distribuido su labor en los siguientes puntos:

«Ideas generales sobre arquitectura.—Arquitectura en sí y arquitectura en relación con las demás bellas artes.—La casa vasca.—Caserío.— Casa solar.— Torre.— Casa torre.— Palacio.— Casa de hidalgo.»

Comenzó el Sr. Guimón su Conferencia recordando que hace unos diez años dió otra en el Centro Vasco sobre el tema «El caserío», publicándose dicha disertación en la Revista *Euzkadi*.

«El caserío, afirmó entonces, es un distintivo de la nacionalidad, como la raza y la lengua, y por eso estamos obligados a conservarlo.»

Recordó acerca de esto que el estudio de la Arquitectura vasca es tan complejo y presenta tan diversos aspectos dentro de una expresión típica característica, que se hace necesario clasificarlo en diferentes grupos, a fin de presentarlo en sus múltiples y pintorescas variaciones.

«Siguiendo un orden científico en relación a la importancia de la casa, podemos establecer la distinción de *caserío*, *casa en la villa o urbana*, *casa solariega*, *casa torre*, *castillo*, *palacio*, en la Arquitectura civil; en la religiosa, iglesias, monasterios, ermitas, panteones, cruces, en la Arquitectura decorativa, monumentos, heráldica, inscripciones, muebles, decoración, y en la pintoresca, jardines, poblados y construcciones con relación al paisaje. Nos limitaremos, por hoy, al estudio del *Caserío* propiamente dicho, del cual estudiaremos sus diversos tipos,

analizándolo bajo sus diferentes aspectos para llegar a sintetizar el caserío-modelo, y como consecuencia de sus ventajas, por la adaptación a las condiciones en que se desarrolla la vida en el país, derivaremos el chalet económico, el chalet caserío, en el que implantaremos los principios arquitectónicos del arte moderno.

»La Arquitectura, como la belleza, ha sido definida de muy diversos modos; pero no existe una definición concreta de lo que es Arquitectura, por sus diferencias con las demás bellas artes.

»Generalmente se cree que la Arquitectura no es más que el arte de la construcción.

»Aristóteles la apellidó arte filosófico, puesto que las demás bellas artes están como comprendidas en la Arquitectura.

»La definición de la belleza de Platón confirma en cierto modo la aristotélica.

»Ruskin afirma que en la obra arquitectónica deben resplandecer siete lámparas o destellos: la del sacrificio, la de la verdad, la de la fuerza, la de la belleza, la de la vida, la del recuerdo y la de la obediencia.

»Pero en cambio, Schopenhauer considera a la Arquitectura de un modo degradante, porque la compara con la mera obra de construcción.

»En el orden de las diversas artes—dice el filósofo alemán—la arquitectura tiene por objeto expresar la voluntad objetiva en el más bajo grado que es posible realizarla.

»Pero no existe una definición satisfactoria.

»La suma de ideas sobre la Arquitectura, así comprendidas y enlazadas, nos coloca a dos dedos de la definición; pero no es aún suficiente.

»La belleza es objetiva y relativa.

»Es una acción emitida cuando se crea y refleja cuando nos deleitamos en la contemplación de la obra bella.

»La Arquitectura considerada como un arte bello, no es sólo construir con arte sino derribar.

»Si una casa posee una habitación antipática para un espíritu delicado, corregir ese defecto de limitación, tal como lo exige la naturaleza del espíritu delicado que la ha de habitar, es hacer también arquitectura.

»Cosa análoga sucede con la urbanización y la construcción de jardines, puesto que en este caso no se construye nada con materiales ponderables, sino que únicamente se dispone de espacio trazando calles o plazas.

»De aquí que la definición más exacta de la Arquitectura es la que dice que es la limitación del espacio, creada por nuestra inteligencia y realizada por medios visibles, para satisfacer un anhelo de nuestro corazón, obedezca o no a un fin utilitario.

»Cuando se trata exclusivamente de la limitación de espacio, es

decir, sin perseguir fines utilitarios, la Arquitectura toma el sello de arte bello que la distingue de la ingeniería.

»Se diferencia de la Escultura, en que ésta no es creadora de sus formas, sino que se inspira en el reino animal o vegetal de un modo más o menos imitativo, según sean realistas o decorativas sus composiciones.

»De la Pintura se diferencia en que ésta expresa sus asuntos, retratos, escenas vividas, paisajes o fantasías decorativas, sobre un plano de un modo puramente convencional y valiéndose exclusivamente del color.

»Se distingue de la Música en que ésta es la melódica medida del tiempo, y la Arquitectura es la eurítmica medida del espacio.

»La música es una arquitectura helada. Si en el momento de un acorde, de un armónico, pudiera condensarse la materia, quedaría una obra bella.

»Con las artes bellas que menos analogía presenta la arquitectura, siquiera sea aparentemente, es con la Poesía, y sin embargo están tan íntimamente unidas, que puede decirse que cuando la Arquitectura sale de las manos del hombre es un sér muerto, mientras que cuando ha sido vivida por el hombre, cuando su mirada se ha posado en sus relieves y oquedades, cuando el sol ha dorado sus sillares y el tiempo ha patinado sus superficies labradas, entonces es Poesía. Así cuando envejece, muere o se desploma, se convierte en arqueología; y más tarde, al ser exhumada por los arqueólogos, pasa a ser etnografía.

»Es evidente, por tanto, que el espíritu de la raza se expresa en su Arquitectura, y de aquí sus diferentes caracteres de religiosa, funeraria, monumental, conmemorativa, heráldica o puramente civil.

»La casa vasca presenta dos matices, como en todo país: uno, la casa tranquila de tiempos de paz, y otro, la casa inquietante de tiempos de guerra.

»Comenzando por las construcciones del tiempo de paz y pasando por la casa solariega, llegaremos a su último desarrollo: el palacio; y de igual modo, empezando por la torre y casa-torre, llegaremos al palacio, aunque con caracteres distintos.

»El caserío es el sistema clásico por poder concretar la infinidad de tipos que hay en nuestro país.

»No es el caserío una tejavana o casa a dos aguas, construcción in-nominada que se encuentra en cualquier país.

»Es el tipo clásico, característico y representativo de la raza vasca. No se parece a la casa de ningún otro país y aun dentro del país vasco, los caseríos son completamente distintos.

»Acaso por no ser Vizcaya fronteriza se pueda llegar a creer que el primitivo vasco es el vizcaíno.

»Tiene el caserío navarro una analogía muy grande con la casa de la Montaña.

»El emplazamiento del caserío vizcaíno es siempre la diseminación, está generalmente situado en las faldas de las montañas, distanciadas en absoluto unas casas de otras.

»Pero lo mismo en Navarra que en la Montaña los caseríos se agrupan; no tienen portales y si solana, y bajo la solana tienen la puerta de la cuadra, bien cerrada.

»El caserío vizcaíno es todo confianza, todo hospitalidad, nunca tiene la puerta cerrada.

»Al caserío guipuzcoano le ocurre algo parecido al navarro, y el alavés es muy semejante a la casa riojana y a la castellana; generalmente dispone de corral y no tiene carácter definido.

»El caserío vizcaíno es la creación de la Arquitectura racional, sintética e indígena, teniendo en cuenta su finalidad utilitaria y espiritual y completamente en armonía con el clima y el paisaje.

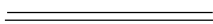
»Es una construcción aislada, sin concierto ni agrupación formal; de planta concentrada para confortar la agrupación familiar en torno del hogar; con su gran cubierta, paredes espesas, ventanas pequeñas y grandes aleros que le protejan de las inclemencias de los fríos y lluvias pertinaces, no es como pudiera suponerse hasta aquí, una casa de fisonomía fosca y huraña, sino que sonríe hospitalaria al caminante ofreciendo abrigo y cobijo en su nunca cerrado portalón, que parece invita a entrar.

»Su escalera exterior, que generalmente da acceso al balcón corrido, nos indica que es asilo confiado y mansión de paz, de cuyas cualidades dimana su nobleza.

»Es decir, que es como el vasco, cariñoso y celoso guardador de su familia, pero amable, comunicativo y hospitalario con el vecino.

»La casa solariega se distingue esencialmente del caserío en que, así como en el caserío la planta más importante es la baja, y en ella la pieza principal la cocina, siendo en cambio secundaria la planta primera destinada a dormitorio, en la casa solariega tiene más importancia la planta principal, que ya no es abohardillada; la escalera es interior, adosada a una de las fachadas; la cocina se halla en la planta inferior, al fondo, y la gran sala enfrente, sobre el portal, y orientada, como este, al mediodía. Otra distinción es también la solana al poniente.

(Continuará.)



CULTURA VASCA

(Continuación.)

»La casa de la villa y la urbana ostentan una distinción más aristocrática y aparecen en ella los balcones y rejas forjados. El portal se cierra con sólidas maderas engatilladas con herrajes claveteados y mirillas y llamadores forjados. Las salas son varias, los techos artesonados y los servicios forman un adosado anejo.

»Ostenta blasones su fachada, como también muchas veces el caserío, pero nuestra clasificación o sistema de investigación sigue un orden riguroso de importancia arquitectónica.

»También hay una atención esmerada en la veleta que corona la cúspide de su tejado, análogamente al caserío y con la simbólica cruz y gallo, ensartando a veces esfera de bronce.

»El palacio es una mansión más o menos suntuosa, cuya finalidad es dar albergue a familia opulenta, residente temporal o definitivamente, pero sin que le una a las tierras que le circundan, otro género de vínculo que el de aprovecharse de ellas para esparcimiento, solaz o necesidades de la familia; es decir, que no es preciso que tenga el carácter de fundación o tronco de la casa solariega, ni es preciso que disponga de dominios o tierras de labranza.

»Su forma es una planta cuadrada sobre la que se emplazan en planta baja las principales salas para la vida de relación. En su planta principal están los dormitorios o piezas de la vida íntima, y en su sobrado o bohardilla, las habitaciones de la servidumbre. Su característica es la escalera central iluminada zenitalmente por una linterna, lucernario o cimborrio. Cuenta además con pabellones anexos.

»Dentro de este tipo la importancia progresiva la dan al zaguán y la escalera que conduce a la sala principal.

»La torre, cuyo origen es romano y carlovingio, atendía en el país a la defensa del territorio, más que de los azares de la guerra, de la inquietud constante, de la inseguridad creada por las luchas intestinas de los bandos ñacino y gamboino.

»Es de planta cuadrada, cerrada por altos y espesos muros de sillaría regresados de mampostería, hay en él tres o cuatro pisos muy es-

paciosos y tiene situada la entrada en un punto de difícil acceso, a cierta elevación, con escalera que conduce a una terraza, en la que se halla la puerta de la torre. Tiene un entresuelo habitado por la servidumbre, su caballeriza en la planta baja, su depósito de municiones o almacén de guerra, el piso destinado a los señores y el último piso, que ocupaban los pecheros para caso de defensa. Está defendida por parapetos aspillados o barbacanas y garitas en los ángulos, y constituye un elemento integrante de la defensa de los castillos.

»El castillo es un grupo de elementos defensivos organizado estratégicamente. Consta esencialmente de reductos amurallados, cuyo trazado forma un contorno cerrado protegiendo los ángulos salientes y muy especialmente la entrada con torres y cubos o torres cilíndricas.

»Dentro del reducto y formando organismos defensivos, se levantan agrupados pabellones diversos, formados a modo de campamento permanente que constituyen la verdadera fortaleza entre cuyos pabellones resalta dominante la vivienda del señor contigua a la torre del homenaje, último baluarte o elemento de defensa, en el que, en caso extremo, se acogían los sitiados.

»La casa-torre no es más que una evolución de la torre, perdiendo algo de sus cualidades militares de defensa y mejorando algo como vivienda. Se distingue porque es más baja, aunque más amplia y guarda más analogía con la casa solariega. Lo que llama la atención es su aspecto noble y pintoresco.

»La casa de hidalgos es posterior a los reyes católicos. Arranca del siglo XVII, como la casa barroca hoy tan en moda procede del siglo XVIII y ambas son importadas y adoptadas.

»Se deben las primeras a guerrilleros o paladines, que no pudiendo satisfacer sus ardores bélicos, una vez apaciguado el país y conjuradas sus luchas intestinas de bandería por la intervención de las Hermandades, se fueron a la conquista de América y al volver a sus lares, edificaron sus palacetes al gusto cortesano.

»Tal se ven con frecuencia en Elorrio, Guernica, Vergara, Oñate, Ermua, Pasajes, Fuenterrabía, Marquina, Durango, Vitoria, Pamplona, Valmaseda, Carranza, etc.

»Y las segundas se deben más bien a que a la sombra de tiempos más pacíficos y estables pudieron florecer las familias de los grandes comerciantes, navegantes, almirantes, políticos y capitanes, como son las que se ven con frecuencia en dichas villas y en el viejo Bilbao y sus alrededores.»

Durante la conferencia se proyectaron vistas de caseríos, casas solariegas, torres, casa-torres, palacios y casas de hidalgos de Dima, Ceberio, Bilbao, Miravalles, Yurre, Orozco, Algorta, Munguía, Marquina, Larrea, Elorrio, Durango, Ermua, Urgoiti, Gordejuela, Llodio,

Echévarri, Abadiano, Arceniega, Ondárroa, Loyola, Sestao, Izurzun, San Julián de Musques, Butrón, Cestona, Vergara, Oñate, Valmaseda, Pasajes, Larrabezúa, Zumaya, Hendaya, Cambo, Villaro, Larreta y Mar del Plata (Argentina) de la Casa Lux.

R. P. ARRIANDIAGA

El esquema de la Conferencia del P. Arriandiaga, cuyo tema era «La Conjugación familiar y dialogada», fué el siguiente:

Introducción.

Primera parte.—Leizarraga y la conjugación familiar. Unidad de la conjugación vasca.

El Sr. Azcue y la conjugación familiar.

Uso y significación geográfica. El pronombre *i*.

Dialecto guipuzcoano.

Segunda parte.—El Sr. Arana Goiri y la conjugación dialogada plural. Exigencias lógicas. Problemas y soluciones. Anotaciones. Resumen. Leyes.

Conclusión.

Exigencias del alto cargo que el R. P. Arriandiaga ocupa en la Orden a que pertenece le impidieron desarrollar personalmente la Conferencia anunciada, delegando al efecto a su discípulo predilecto R. Padre Eguía, que ocupó la tribuna.

En el trabajo del P. Arriandiaga, leído como decimos por el Padre Eguía, se dedica un himno vibrante al idioma euskérico, verdadero monumento de nuestra personalidad y el documento más antiguo, tan antiguo, por lo menos, como esos asombrosos descubrimientos paleolíticos que tanto nos admiran.

«Debemos esforzarnos, dice, en recoger con cariño el cuerpo caído del euskera y restituirlo a una juventud y primavera perpetua.»

Recuerda a continuación, que él lo olvidó dos veces en tierra extraña, y al aprenderlo por tercera vez lo hizo con el propósito, ya cumplido, de no volverlo a olvidar y de ahondar en él cuanto pudiera.

Su labor, añade, no se ha encauzado a formar un cuerpo de doctrina euskeralógica; se ha dedicado con preferencia al verbo, que califica de obra de ciclopes y de hadas, con modalidades que le distinguen y le

elevan sobre todos los grupos lingüísticos, senitas, indoeuropeos y tártaros.

Viene a hablar del verbo familiar o dialogado y a mostrar: primero, lo que es; segundo, lo que debe ser, y tercero, el uso que de él debemos hacer.

Entrando en materia, dice que la finalidad cultural y, por tanto, práctica, de la conferencia, le exime del cómodo expediente de espigar literatura, en demostración de sus opiniones, como pudiera hacerlo, por ejemplo, utilizando el *Testamentu zar eta berriko kondaira*, de Leizarraga.

Habla de los dos aspectos del verbo vasco, en cuanto afecta la forma transitiva y la intransitiva, aquélla derivada de ésta. Dice que al hablar de la conjugación llamada familiar se referirá solamente a la sintética.

Estudia bajo diversos puntos de vista la función del pronombre *i* en el modo indicativo. Cita a continuación una definición de su primer maestro D. Resurrección María de Azcue, con la que está de completo acuerdo.

Dice que de los dos pronombres de segunda persona *i* y *zu* o *zeu*, se ha dado en atribuir al segundo la función de tratamiento de respeto. Si lo fué en algún tiempo, no lo es ahora, afirma. A la conjugación en que se emplea el primero se la llama conjugación familiar, debiendo, a juicio del conferenciante, calificarla de simplemente dialogada.

Presenta ejemplos de intercalación del pronombre personal en flexiones varias, y señala anomalías y solecismos de varios dialectos que han perdido la norma lógica.

Continúa el examen de las construcciones actuales, hablando de la pluralización de las formas dialogadas singulares y sostiene que los escritores euskaldunas tienen necesariamente que someterse a la lógica, la primera ley de la gramática vasca; si no destruiremos ésta y tendremos un cadáver euskérico.

Propone los medios de restauración de la conjugación dialogada, aportando elementos de uno a otro dialecto y señalando ventajas e inconvenientes de las diversas soluciones.

Establece que debe emplearse el *i* para el singular y el *zu* para el plural.

Niega que en el uso de la conjugación llamada familiar se falte a los miramientos sociales y menos al cuarto mandamiento, como no ha faltado quien lo haya insinuado.

Apunta errores en que, a su juicio, incurrieran en la definición del *i* y del *zu* diversos euskeristas de Guipúzcoa y Vizcaya, entre ellos el señor Azcue, en su magnífica *Euskel-Izkindea*, la mejor gramática que poseemos.

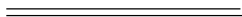
Propone que se vuelva a la forma antigua suprimiendo las diferencias actuales entre el pronombre de respeto y el familiar. Repite las conocidas reglas de Arana Goiri sobre el uso del *i*, que no se conforman con el criterio del conferenciante.

Protesta de que se diga que lo que él propone sea una novedad, y afirma que él empleará la forma dialogada, o sea el *i* en toda ocasión. Excita a todos a contribuir a restaurar la primitiva forma en el trono que, en su opinión, detenta la harapienta *zu*.

Termina su trabajo con el siguiente párrafo:

«Levantémosle, pues, no consintamos esa mutilación en nuestra lengua, y cuando de nuevo la contemplemos sentada en su trono, y haciéndola corte todas esas formas que acabo de exponeros en mi discurso, os admiraréis de la hermosura del euskera y juzgaréis pueril capricho el capricho de aquel ingenuo vasco extraviado que al calificar de *espingarda gloriosa* a nuestra lengua, dijo: «Fuera inocencia utilizarla ante los que están armados de *mäusser*»; porque podrá entonces medirse noblemente con todas las armas, con todos los idiomas, en la seguridad de que no serán éstos los que presencien sus funerales, sino que vivirá fuerte, vigorosa, inmortal con la inmortalidad de nuestra raza y arrancará siempre de nuestros pechos un ¡Gora Euzkadi! cariñoso, vibrante y entusiasta ¡¡Gora euskera!!»

(Continuará.)



CULTURA VASCA

(Continuación.)

R. P. MANUEL, L. DEL VALLADO

El P. Vallado ocupó la tribuna disertando sobre el tema «Arquitectura monumental del país vasco en la época románica». (Siglos XII y XIII.)

Después de dar una idea del arte en su sentido más general, como expresión de las ideas, sentimientos, gusto y cultura de los hombres y de los pueblos, mostró cómo se manifestaba este fenómeno en la vida, e invitó al público a hacer una excursión por el País Vasco en alas de la imaginación, trasladándole a los siglos XII y XIII y visitando sus principales monumentos como indicio de la cultura de aquellos tiempos.

Dió principio a su erudita labor proyectando la hermosa puerta de Santa María, de Sangüesa, y ante ella explicó brevemente las vicisitudes del arte románico, hasta llegar al románico cluniacense.

Trasladó a su auditorio a Estella, a ver la puerta de San Miguel, de allí a Santiago de Puente la Reina, y después nuevamente a Estella a San Pedro de la Rúa. Hizo notar la influencia de las artes orientales y del sur de la península, hasta llegar a la formación de puertas sin tímpano y con arcos lobulados. Apellidó de nacional este eclecticismo, que dominó en el arte románico del País Vasco; hizo notar cómo de Navarra pasó por Aldaz y Betelu a Guipúzcoa, manifestándose en Abalcisqueta, Zumárraga, Ormaiztegui, Idiazabal, Tolosa y Hernani, algunas de cuyas puertas mostró a la concurrencia, explicando de paso las características más importantes.

Pasó luego a Vizcaya, y prescindiendo de San Pelayo, en Bermeo, y de San Miguel, de Zuméchaga, proyectó la puerta de Santa María de

Galdácano, y luego la de Vallejo, en Mena, señalando las particularidades que en cada una de ellas se observan.

«A los que dicen que el país vasco no tiene tradición artística, se les puede contestar, dijo el orador, que Alava figura a la cabeza.»

Citó a este propósito a Santa María de Siones, y como muestra del tipo nacional indicado, entre los restos de cien construcciones románicas, expuso la de Tuesta. Entre las de menos importancia presentó la puerta de Maeztu, mostrando luego las de mayor mérito artístico en Belunza, Bernedo, Durana, Marquínez y Estíbaliz, negando al hablar de esta última, la existencia de una escuela de arte románico alavés.

Con motivo de la vista de la puerta de San Juan de Laguardia, habló del uso de la figura humana, como elemento de sustentación, proyectando en prueba de sus asertos, los relieves del pórtico de Armenia y la ventana de Lasarte.

Al llegar a este punto, hizo observar que no todo el arte románico del País Vasco tenía su carácter ecléctico, que había ejemplares del arte francés de las escuelas de Poitou, Bourgogne y Saintonge; y que, a su vez, el arte francés estaba influido por el arte románico de la península ibérica, citando al efecto las puertas de Montmoreau, Petit Palais y especialmente la puerta de Vigeois.

Expuso a continuación las características de las plantas, apoyos, naves y ábsides de las iglesias de este período. Trató de los monumentos monasteriales de Navarra, Iranzu, La Oliva, Fitero e Irache y la Colegiata de Tudela, proyectando vistas de los dos primeros e indicando a su paso las influencias del arte cisterciense. Mostró luego los de las iglesias de una sola nave, dando proyecciones de los planos de la iglesia de Vallejo, con su ábside, y de los de Tuesta, Añua, Hueto de Abajo y San Vicentejo, haciendo notar, con relación a estas proyecciones, la evolución del arte románico en el ojal.

Como muestra de especiales plantas, citó las iglesias de Templarios de Torres de Sausol y Eunete, dando la vista de esta última.

Por fin, hablando de los claustros, dió a conocer las ruinas de San Pedro de la Rax.

Al terminar su conferencia, abogó en favor de estos estudios, patentizando la necesidad de hacer un catálogo completo de todos los monumentos románicos, recogiendo la labor científica de los cultiva-

dores de esta clase de trabajos, y con estudios monográficos de cada uno de ellos, único camino para llegar a un estudio de síntesis, en el que se pueda formular un juicio exacto del carácter del arte románico en el País Vasco.

D. RESURRECCIÓN MARÍA DE AZCUE

He aquí el programa de su conferencia:

«¿Existe una verdadera música popular vasca? «Uso zuria» y «Ah [vous dirai-je maman.....!» D. Francisco Gáscue. Su tesis. Música vasco-celta. Un *autolapsus*. Familias de música popular. El autor del cancionero asturiano. Brujas y Compostela. El exotismo contemporáneo. Patriotas à outrance y *soidisant* patriotas. Los *sprits forts*. Disidentes y botarates. Anchieta y Eslava. Strabon y los vascos. Concilio III de Toledo. El fuero de Vizcaya y nuestra música popular. La lengua testigo de ello. Canon narbonense. Elegías del siglo XV. Voltaire y los vascos. Del ocaso a un nuevo día. Testimonio de Pomponio Mela. Sueños y cuentos líricos.»

Empezó el Sr. Azcue afirmando como un hecho innegable la existencia de la música popular vasca y con el tono flagelante de implacable ironía fustigó a los que han pretendido denigrar los orígenes y aun la existencia misma de esta música.

A este propósito analizó para refutarla, la tesis de D. Francisco Gáscue, quien afirma que nuestras melodías verdaderamente típicas son importadas, aunque no parece muy seguro de ello cuando más tarde sostiene que es un mito el parentesco musical vasco-celta.

Afirma, a continuación, que el cancionero vasco popular no tiene ningún grado de ascendencia ni descendencia con los cancioneros germánico, eslavo o de otro país cualquiera, dado caso que se admita la existencia de estos cancioneros.

Con tesis como la del Sr. Gáscue, añadió el conferenciante, habría que dar por bueno que muchas de las canciones folklóricas de nuestro país provienen de otros que son populares en ciertas regiones de Alemania y Polonia, como aquellos himnos con que los soldados de la primera guerra carlista cantaban las victorias de Zumalacárregui.

Como demostración de lo que precede, manifestó que el *Uso zuria* sirve en Alemania para enseñar a los niños a deletrear cantando, aun cuando en el cancionero germano se consigna la procedencia vasca de la melodía.

Dijo que un lapsus padecido por él, al calificar esa melodía, dió origen a las investigaciones del Sr. Gáscue, y que el mismo conferenciante ha podido ocho años más tarde deshacer el error de apreciación, gracias a su continua labor de investigación y estudio de la música popular.

E insistiendo en su tema, afirmó el orador, que por el procedimiento del aludido comentarista de la melodía popular euskara, en el pedestal de la estatua de Iparraguirre debieran esculpirse las palabras «.....y autor del cancionero asturiano», ya que es tradicional en una de las más visitadas iglesias de Oviedo, un himno con música del «Gernika'ko arbola».

Cuando se afirma que las relaciones de vascos y flamencos, en los siglos precedentes, tuvieron influencia en la elaboración del cancionero popular, introduciendo melodías exóticas, sin tener en cuenta las dificultades para adaptar expresiones e ideas de idiomas enteramente contrapuestos, debe recordarse que nuestros marinos y viajeros de hoy día, más cultos que aquellos que iban a Brujas, no han difundido al regreso de sus viajes, al menos que se sepa, canciones japonesas o malayas aprendidas en su arribo a lejanas costas.

Cierto que un exotismo pernicioso de habaneras, tangos, *schotiss*, vales y *zortzikos koipes* pretenden influir en el cancionero popular vasco, que, a pesar de todo, como nuestra lengua, tiene personalidad y lozanía imperecederas; pero ¿hay cancioneros en el mundo que se puedan ufanar de absoluta autonomía?

Nuestro idioma puede rivalizar con otro cualquiera, vivo o muerto, elaborado por la sociedad humana. Y, sin embargo, no está libre de contactos, pues así ocurre con las canciones folklóricas del país.

Frente a los patriotas à *outrance*, como se llama a los que sienten vehementes amores por su pueblo, suelen alzarse los *soi disant* y los *sprits forts*, cuyo patriotismo consiste en abultar imperfecciones irrealles de su patria, disminuir sus innegables glorias y suscitar conjeturas, aunque su país salga menoscabado y denigrado.

Se congratuló de que hubiera disidentes entre los amantes de nuestras cosas, pues ello sirve de estímulo, y por algo dijo San Pablo que convenía hubiese disidentes; pero cuando son de la ralea de un novelista nacido en el país vasco, que lanzó sobre su tierra los insultos más groseros, bajos y denigrantes, es menester recordar lo que hizo Guillermo II con la estatua de Heine, cuando ordenó retirarla de sus jar-

dines de Aquileyo, como reparación por las ofensas del poeta a la patria germana.

La impresión que produjeron las groserías vertidas por el escritor vasco, parecía inducir a preguntar si existe en Bilbao alguna calle sin salida a la que poner el nombre de Baroja, para justificar que nuestra villa es la población de las chirenadas.

Y así como existe la costumbre de nombrar hijos adoptivos a quienes no habiendo nacido en un pueblo se han distinguido por su amor a él, convendrá ir pensando si se hará preciso introducir la costumbre inversa, la de repudiar a los hijos espúreos.

Porque si el gran Apóstol de Tarso habló de los disidentes, de los botarates no dijo una sola palabra.

Joanes de Anchieta, maestro del príncipe Don Juan en la Corte de los Reyes Católicos; Hilarión Eslava, maestro de capilla en la de Isabel II y Alfonso XII, y el maestro Zubiaurre en la de Don Alfonso XIII, llegaron a componer Misas sobre melodías castellanas y andaluzas, como los dos primeros; pero ninguno ha producido nada de sabor popular.

Strabón, al describir en su Geografía las costumbres de los pueblos de la península ibérica y hablar de las danzas de los habitantes de sus costas; el Concilio III de Toledo, celebrado en el año 622, y al que asistieron los Obispos Mínimo, de Calahorra; Guiliolo, de Pamplona, y Simplicio, de Zaragoza, que regían entonces a los fieles euskaros, al proscribir los cantos y las danzas funerales a la sazón acostumbradas; el Fuero de Vizcaya, promulgado en 1452, estableciendo multas de 1.000 maravedíes para que «nadie fuera osado de hacer llantos, mesándose los cabellos», durante los entierros; la misma lengua, cuando en tiempos remotos designaba *Orzi* al Supremo Hacedor, en himnos y letras de danzas sagradas, y el Canon narbonense que anatematizaba a los que celebraban el jueves a la manera pagana, son testimonios fehacientes para fundamentar el origen de la música popular vasca.

Las elegías o *illetas* que entonaban las plañideras en las ceremonias fúnebres, tan conocidas por la culta sociedad del siglo XV, merced a la recopilación de Garibay, y un autor como Voltaire, al escribir que «los vascos son un pueblo montado a caballo en los Pirineos, que pasa su vida cantando», constituyen nuevas pruebas de la larga existencia que tiene la música popular en nuestro país.

Es de notar la transición propia que se observa al pasar del ocaso

al nuevo día, en el estado en que yacía hace cincuenta años el cancionero folklórico vasco y las esperanzas que infunde su porvenir, merced a esfuerzos como los que representan las colecciones de cantos populares del P. Fray Antonio de Donostia y del conferenciante.

Y si los testimonios citados fueran pocos, Pomponio Mela, en su Geografía, escrita en el primer siglo del Cristianismo, al hablar de los cántabros, como él llama a los vascos, escribe: «Hay entre los cántabros algunos pueblos y ríos; pero sus nombres se resisten a nuestros labios».

No faltan en nuestro cancionero sueños y cuentos líricos de singular belleza y rica melodía, que expresan el valor de la música popular euskara.

(Continuará.)



CULTURA VASCA

(Continuación.)

Primera Conferencia.

D. LUIS DE ELEIZALDE

El sumario de esta Conferencia fué el siguiente:

«El idioma propio, signo exterior principal de la nacionalidad. Reacción de la palabra sobre la idea y el sentimiento: la conquista de las almas por medio del idioma. Distinción entre idiomas y dialectos: falsas ideas acerca de este punto. A idioma distinto corresponde nacionalidad también distinta. Radical autonomía lingüística del idioma vasco. Bases para una clasificación científica de las lenguas. El grupo indoeuropeo y las tres lenguas islas de Europa. Separación completa del idioma vasco respecto de las lenguas ugro-finesas. La autonomía del idioma en estrecha relación con la personalidad del pueblo. Degradación moral que acompaña a la pérdida del idioma propio. Reacción del pueblo vasco sobre sí mismo: ideas directoras de este movimiento y doble aspecto de él. La situación actual: ni pesimismo ni optimismo extremados. Lo que urge: la predicación del ejemplo. Crítica situación del ánimo en el pueblo euskeldun. Algunos remedios.»

Este tema, que me ha sido señalado de «La lucha por el idioma propio», comenzó diciendo el Sr. Eleizalde al explicar su primera Conferencia, no podré tratarlo sino como lo veo, y no lo veo más que a la luz de la teoría de las nacionalidades.

Que nadie se asuste, sin embargo: no voy a herir las susceptibilidades políticas de nadie, inculcando cómo se prestaría el tema de si la división del género humano en nacionalidades diversas, «muchas veces incompatibles, en ocasiones cruentamente hostiles, es un mal o un bien para el género humano», tema que se prestaría a una amplia disquisición previa, puesto que es fundamental e inagotable.

No es este el objeto del momento, sin embargo, es decir, la discusión del hecho de la división de la Humanidad en nacionalidades.

Tras estas declaraciones definió en brevísimas frases la nacionalidad, no como «grupos políticos independientes o Estados», sino como «grupos sociales naturales, sean o no independientes, colectividades de familias que mantienen entre sí un nexo distinto del que pueda unir las con las de otras agrupaciones análogas», afirmando en consecuencia que el idioma propio es el signo exterior principal de la nacionalidad.

Precisa el concepto en atinadas palabras sosteniendo que el idioma propio no es el nexo en sí, puesto que el nexo nacional «es esencialmente una comunidad de sangre, de remoto origen, de tradiciones fundamentales, de aspiraciones y deseos relativos a la nacionalidad misma, y, derivadamente, una percepción más o menos clara de cierta solidaridad trascendente que une entre sí a los connacionales y los separa del extranjero».

Por eso el idioma propio no es el único signo exterior de la nacionalidad, aunque sí el principal por su inmediata relación con la inteligencia, mientras que otros signos sólo guardan con esta facultad una relación mediata.

Se dirige después el disertante a los vascos que no conocen el euskera, y dice: «Tu idioma propio es ese de tus apellidos, es ese en el que tienen significación los nombres de tu pueblo, de las heredades que lo sustentan, de los montes que lo resguardan, de los ríos y regatos que lo bañan. Tu idioma propio es ese cuyos modismos conservas aún, por herencia, tan fuertemente adheridos al cerebro, que sin darte tú cuenta ninguna de ello, se te escapan todos los días y a todas horas en tu conversación castellana, en ese castellano que llevas construido artificialmente sobre un «substratum euskérico».

Afirma a continuación que el idioma propio no sólo es el signo principal de la nacionalidad y un producto de ella, sino que su importancia es tan trascendental que reobra sobre las facultades intelectivas que lo pruden, pues si bien la palabra es hija de la idea, la prueba de esa reacción de la palabra sobre la idea está en las palabras intraducibles por su matiz especialísimo. Por eso, el idioma es una terrible arma que los pueblos dominadores se esfuerzan en imponer a los dominados, sabiendo que en cuanto la acepten los vencidos están asimilados, pues el idioma es el arma más eficaz para la conquista de las almas.

Incidentalmente habla el Sr. Eleizalde de esta cuestión, que, aunque clara en el fondo, se ha querido oscurecer, acaso premeditadamente, pues si bien para el Estado idioma es sinónimo de lengua oficial, siendo toda otra lengua no oficial considerada como dialecto, esto es un absurdo fundamental, a propósito del cual ironiza finamente el disertante, haciendo a continuación una magistral exposición de lo que son idiomas y dialectos.

Una lengua, dice, merecerá el nombre de idioma cuando posea una especie de personalidad propia, gramatical y literaria, cuando se halle en posesión de una cierta autonomía gramatical de tal suerte que no reciba ya influencia en este orden de ninguna otra lengua, aunque de ésta se derive más o menos remotamente. Caracterizarán, de consiguiente, gramaticalmente a un idioma la flexión verbal propia y la sintaxis propia, no tanto el léxico propio; lo caracterizarán literariamente los modismos propios, la peculiar fraseología. Todo esto, como observamos, nada tiene que ver con una Ley votada en Cortes o con un Real decreto que declare la oficialidad o no oficialidad de una lengua. En cambio, un dialecto es un habla subordinada a otra, no autónoma por sí misma, un habla principalmente caracterizada por diferenciaciones fonéticas y lexicológicas, no por la flexión verbal ni por la sintaxis. Podemos, pues, decir en imágenes que el dialecto es un ramaje del idioma, pero no un árbol autónomo como lo es éste. Lo que alguna vez podrá ocurrir es que el ramaje dialectal, segregado de su árbol y trasplantado en condiciones favorables, se convierta a su vez en árbol autónomo que vive de su propia savia. Y aun podrá ocurrir que el suelo de este trasplante sea de condiciones agronómicas distintas del anterior, y que el nuevo árbol reciba injertos que no obraron sobre el primitivo. En estas condiciones, es evidente que el trasplante, sin variar de especie, presentará por lo menos un aspecto exterior bastante diferente del árbol de su procedencia.

Esta es la imagen suficientemente exacta del proceso evolutivo por cuyo medio puede pasar un dialecto a ser idioma, y es lo ocurrido con los idiomas neolatinos o romances, y muchos siglos antes que con éstos, con los idiomas indoeuropeos, a cuyo grupo pertenece el latín, padre de todos aquéllos.

Esta idea la resume el conferenciante diciendo que así como a la idea de *idioma* corresponde el concepto de *nacionalidad*, a la de *dialecto* corresponde la de *regionalidad*.

Tres son las lenguas, prosigue el orador, que derivadas del latín se hablan en la Península, pertenecientes a otras tantas nacionalidades, próximamente emparentadas: el castellano, el catalán y el gallego, cuyo tronco común, el latín del cual son ramas, aunque sea, como dominante, la más frondosa la castellana, murió hace más de mil años.

Pero nuestra lengua vasca, la lengua en la cual debería yo ahora hablaros, si los vascos nos acercáramos en algo a lo que el deber nos manda que seamos; esta lengua vasca no es rama de ningún tronco conocido, ni moderno, ni antiguo, ni antiquísimo. En este concepto (que no es el único de la cuestión. pero sí de los más importantes) la lengua vasca es más idioma que cualquiera de las españolas, porque éstas pertenecen a la ramificación latina y el euskera no; es también nuestra lengua más idioma que el griego o el alemán o el celta o el sánscrito, porque todas estas antiguas e importantes lenguas pertenecen al tronco indoeuropeo, y el euskera no; más idioma que la lengua sagrada del Antiguo Testamento, de los salmos y de los profetas, porque esta lengua (ilustre en la historia del monoteísmo y de la Religión verdadera) está clasificada en el grupo de los idiomas semíticos, y nuestra lengua vasca ha resistido hasta hoy a su inclusión en ninguna de las clasificaciones conocidas. Esta autonomía absoluta del tronco vasco en todo el inmenso bosque lingüístico del género humano (en cuanto ha podido hasta la fecha ser explorado), ¿no será suficiente para atribuir al habla vasca el título antonomástico de idioma? ¿No será suficiente para afirmar, en tal concepto, la indiscutible nacionalidad del pueblo cuyo idioma propio es ese idioma verdaderamente singular, único, aislado?

En sentir del Sr. Eleizalde, la absoluta autonomía del euskera no estriba en su carácter, más o menos auténtico de lengua aglutinante, sino fijándose en otras razones más científicas y no en aquellos viejos moldes de las lenguas monosilábicas, aglutinantes y de flexión, donde se han fundido modernamente los grupos en que se han clasificado los idiomas, llegándose a constituir así el grupo gigantesco indoeuropeo que abarca casi toda Europa y la India, Afghanistan, Persia y Armenia; de él quedan fuera, a pesar de su extensión, tres idiomas europeos: el finés, magyar y vasco.

Establece en breves frases la distinción radical entre los dos primeros y el último; del que dice: si por imposible hipótesis, desapareciese un día su léxico propio, y fuese sustituido por otro léxico de prestado,

fuere latino, germánico o eslavo, bastaría que el euskera conservase su propio mecanismo de conjugación para seguir siendo un idioma muy poco menos autónomo que hoy día, tan irreductible como hoy a ninguno de los grupos lingüísticos conocidos.

El disertante ensalza la importancia del idioma como rasgo dominante de la personalidad de los pueblos, sosteniendo que así como el hombre ama la propia personalidad más que la vida, a los pueblos, cuando tienen conciencia de su propia personalidad, les es más cara que la existencia. Y la importancia del idioma a este respecto la justifica, puesto que para determinar el carácter de una raza, de una nacionalidad, no bastan las medidas craneométricas, es preciso tomar en consideración la actividad intelectual del conjunto, cuyo principal signo, y a la vez medio, es el idioma, que es quien refleja en su organismo los más delicados matices de las ideas y de los sentimientos, es el espejo fiel del *complexus* intelectual del alma, el inventario de los conocimientos de un pueblo (a veces la medida de su degradación) y, de todas maneras, la auténtica representación del carácter y del grado de cultura de un pueblo.

Cuando el pueblo se ha llegado a dar cuenta exacta de su propia personalidad, al darse cuenta de que quieren arrebatarle el alma, defenderá su idioma como pueda, como sepa, dándose el vasco, acaso inconscientemente, cuenta de que al perder su idioma pierde, generalmente hablando, aquella dignidad instintiva, aquella cortesía natural, aquel respeto de sí mismo que siempre le distinguieron entre todas las naciones.

Es tan trascendental la pérdida del idioma propio que cortada su raigambre en el pasado, la inteligencia del pueblo pierde, con el idioma propio, su mejor instrumento, su agilidad, su originalidad. Todo le interesaba antes con el idioma propio: nada le atrae ahora con el idioma extraño: el hambre mental en estado endémico, la consunción intelectual de la raza. Lingüísticamente, jamás se castellanizará el euskaldun: no pasará de ser un castellanoide, torpón de expresión, un *alalo*, puesto que está de moda la pedantesca palabreja. Desde el punto de vista moral, un pueblo que pierde un idioma propio está fatalmente destinado a degradarse por el contacto del utilitarismo y del materialismo de la sociedad industrial y centralizada de hoy, por la acción corrosiva y disolvente de la baja prensa de las ciudades, por la inevitable tendencia a copiar lo peor y más vicioso del carácter extraño, porque

es lo más fácil de copiar. Un hecho de constante observación en nuestro país es que ni la blasfemia letritaria, ni la insufrible y hedionda obscenidad del lenguaje conviven con el uso exclusivo del idioma vasco. Asimismo las estadísticas de la criminalidad siguen hablando muy en favor de las comarcas exclusivamente euskaldunas de nuestro país, no tanto por las regiones que son ya bilingües, aún menos por las que perdieron ya el idioma propio. No es en estas últimas comarcas superior el bienestar económico y social al de las primeras, sino todo lo contrario, aun con mejores condiciones materiales (y es explicable que así sea), puesto que lo moral rige y subordina a lo material. ¡Qué más!... El paisaje mismo de nuestro país difiere de las comarcas erdéricas a las euskeldunas; diríase que al retirarse el idioma propio, sin destruir enteramente la fisonomía especial de la tierra vasca la ha dejado una belleza melancólica y mortecina, como de una triste viudez, como un irredentismo de paisaje.

Cree el conferenciante, que nuestro pueblo ha llegado a comprender la esterilidad de toda lucha exclusivamente política, perjudicial a la larga por lo que aporta de turbulencia desorganizada, pues no basta que nos agitemos por la autonomía o la reintegración foral, reivindicaciones que vendrán en una u otra forma: debemos comprender, y comprendemos ya, que en la vida de nuestro pueblo hay algo que esta muy por encima de la política, de los políticos y aun de la misma reintegración foral.

Dos movimientos, mas que paralelos convergentes, hay que hacer para ello: la acción para generalizar el uso del idioma vasco en la vida pública del país, y la acción para adaptar este idioma arcaico pero flexible a las necesidades intelectuales de la vida moderna.

Sostiene el Sr. Eleizalde que la situación de nuestro idioma, sin ser buena, no es tan desesperada como la de la lengua de otros pueblos de la misma Europa, por cuya defensa pugnan. Ante todo, hay que rechazar con total radicalismo la aseveración de que el euskera está condenado a extinguirse por ley inevitable. Para ello es preciso un ferviente apostolado con la palabra y el ejemplo, llevando a la población euskeldun el convencimiento de la dignidad y suficiencia de su idioma.

Respecto a la dignidad del euskera sólo algún tenderillo enriquecido, cuya chicuela maya a ratos en francés y aspira a pollita de la *crème*, puede permitirse su duda; nunca aún, a Dios gracias, el aldeano euskeldun.

No tanto podríamos decir de su suficiencia, que todo, desde el padrón municipal a la hoja religiosa, pasando por los rótulos, las conversaciones, los tribunales de justicia, hasta la escuela, le hablan en castellano, lo que le obligará a pensar con dolor en la inutilidad de su idioma enviando al *mutil* a aprender el *erromantze*, con lo cual viene el peligro más grave: la reducción rápida de la población netamente euskeldun.

La espléndida autonomía de nuestro idioma es, para esto, causa de debilidad y hay que disponerse con urgencia a valernos por nosotros mismos en todo y para todo.

Ante todo es preciso, para infundir en el ánimo del aldeano euskeldun la confianza en la validez de su idioma, que las Corporaciones públicas y las sociedades particulares entren decididamente en el bilingüismo en sus rótulos, anuncios, avisos, publicaciones y documentos de todas clases, a ejemplo de lo que viene haciendo la Diputación de Guipúzcoa con la unánime satisfacción de todo buen vasco. Tributando a continuación un aplauso a la Diputación de Vizcaya que ha instaurado recientemente la misma práctica, dijo: «mi aplauso más cordial, más sincero, más caluroso, un aplauso de toda mi alma vasca, sedienta de reparación y de justicia».

Algunas sociedades han comenzado también a practicar este bilingüismo reparador del idioma; mas es muy poco aún lo hecho, por lo que hay que intensificar con toda energía los esfuerzos de todos, constituyendo en imperioso deber la rehabilitación social del euskera.

En este sentido el ejemplo de las clases sociales de primera fila, séanlo por su cuna, su cultura o sus medios de riqueza, puede ser efícamo.

El medio infalible de matar un idioma consiste en hacerlo pasar, en el concepto del pueblo, de signo principal de la nacionalidad (como realmente es) a signo de inferioridad social; esto es lo ocurrido con la lengua irlandesa, por cuya causa ese antiguo idioma se halla en situación bastante más desdichada que el nuestro; esto mismo es lo que comenzaba a ocurrir aún no hace mucho con el euskera, y hubiera sido el principio de la última e irremediable fase de la decadencia de nuestro idioma. Pero inversamente, un idioma cuyo uso estuviera casi exclusivamente limitado a las clases populares, y que de pronto comenzara a ser empleado como habla ordinaria y corriente por las clases cultas, por los hombres de carrera, por las gente de distinción, reci-

biría por razón de este mero hecho una rehabilitación social de incalculable trascendencia. Mientras siga siendo el euskera, en las familias distinguidas, la lengua que se habla a los niños hasta los diez años y a las muchachas de servicio, es inútil que pensemos en su restauración y cultura; porque este idioma seguirá siendo, cada vez más, en el sentir de nuestras clases populares, un signo de inferioridad social, como la mancha azulada de las uñas que el mestizo oculta con vigilante cuidado. Pero si sintiéramos sincera y profundamente la necesidad de que los vascos sigamos siendo nosotros mismos, la necesidad de que nuestro pueblo euskeldun conserve su marcadísima personalidad, a la cual se condicionan todas las elevaciones que pueden esperarse de un pueblo como el nuestro, esa necesidad obraría sobre nosotros como un látigo de fuego, como el duro viento del Norte que de unos pobres pescadores noruegos hizo en otros tiempos los Vikings, reyes del mar.

Esto sería facilísimo si todos quisieran cumplir con su deber, pues las objeciones que al uso continuo del euskera presenta nuestra sociedad erderiza son pueriles o vanas, que se reducen a decir: «estoy torpe en el uso del euskera»; como si hubiese lengua que su falta de uso fuese motivo de perfeccionamiento en ella; o la de su «reducido léxico», como si en sus temas conversacionales disertasen siempre sobre la metafísica trascendente o el *Analysis situs*.

A continuación excita a todos a que practiquen el euskera aunque sea con barbarismos y solecismos, aunque sea con un léxico de prestado que solamente podría provocar las burlas de los necios. La cuestión es hablar, sea como sea, el euskera. Si las razones que existen para ahincarse por la conservación y la difusión de este idioma entrasen bien adentro en nuestros corazones, el movimiento de ánimo que de ello resultase nos impelería a hablar en euskera, y el uso continuo de esta lengua traería consigo el rápido enriquecimiento del léxico. Para las almas de buen temple, las dificultades y aun las humillaciones de los comienzos suelen ser una exhortación a elevarse.

De esto se ha de derivar además; inmediatamente un beneficiosísimo acortamiento de la distancia espiritual que para mal del país vasco y desde siglos atrás, ha existido entre nuestras poblaciones aldeana y ruana, y un medio eficacísimo para cooperar a todo ello es la prensa euskérica, imprescindible que sea sana, amena y fácil.

En esto de la prensa nos llevan ventaja nuestros hermanos de allende el Bidasoa con su *Eskhualduna* y su *Eskhualdun ona*, acaso por

su gran afición a leer, cuya afición parece que se crea y fomenta en las excelentes escuelas primarias francesas, así libres como oficiales, al paso que las escuelas oficiales de nuestro país vasco peninsular, y en muchas de las libres, no son mas que fábricas de analfabetos que sentirán durante toda su vida el horror de las letras.

De este punto interesantísimo de la escuela primaria trataré más extensamente en la segunda Conferencia; baste decir por hoy que, dada su actual organización, en la mayor parte del país euskeldun no sirven absolutamente de nada bueno, porque ni hacen ni dejan hacer. Y no solamente no enseñan ni pueden enseñar, sino lo que es peor, destruyen y acaso para siempre la docilidad del alumno por no querer admitir la realidad de las cosas y sujetarse a ella, por querer imponer unas concepciones pedagógicas apriorísticas y falsas que chocan en cada momento con todos los objetivismos.

(Continuará.)

CULTURA VASCA

(Continuación.)

Segunda Conferencia.

D. LUIS DE ELEIZALDE

El sumario de la segunda Conferencia fué el siguiente:

«Rápida mirada retrospectiva. Dos importantes aspectos del tema: la cuestión de las escuelas, la acción de las clases intelectuales. La situación escolar en el país vasco y especialmente en el país euskeldun. Las escuelas llamadas «nacionales»; situación en ellas del niño euskeldun. Condición *sine qua non* de toda acción euskerizadora. El euskera materia de enseñanza en las escuelas del país vasco erdeldun; opiniones autorizadas sobre este punto. El meritísimo ejemplo irlandés: cifras irlandesas y cifras nuestras. La acción que se espera de las clases intelectuales: un encarecido ruego a los jóvenes escritores euskeristas. Necesidad de coordinar todas las acciones individuales. Cuestiones planteadas que requieren inmediata solución. Nuestra futura Academia. Dos modelos dignos de estudio: la Academia croata y la Liga Gaélica. Conclusiones.»

Después de recordar a grandes rasgos los principales temas objeto de su primera Conferencia, al indicar la cuestión de las escuelas y la de la acción de las clases intelectuales, manifestó se creía obligado a decir toda la verdad, sin desfigurarla, alterarla u omitirla.

Señaló la orfandad en que, respecto a la enseñanza universitaria tiene sumido el Estado al País Vasco, obligando a un forzado éxodo a sus hijos, mientras la antigua corona de Aragón cuenta con tres Universidades, dos el viejo reino leonés, dos Andalucía y una en cada una de las regiones asturiana, gallega y murciana.

Tenemos con todo, agrega, varias instituciones de segunda enseñanza, las que por clasificación administrativa nos corresponden, y un

gran número de escuelas primarias diseminadas por todo el país. Todas estas instituciones, además de los defectos de orden general de que adolecen (planes descabellados, falta de organización, etc., etc.), presentan en nuestro país el carácter verdaderamente lamentable de instituciones, no solamente extravascas sino antivascas. No digo que el personal docente esté animado de espíritu antivascuista; habrá casos en que sí, pero me consta que hay casos en que no. Lo que quiero decir es que la organización y la forma legal dadas por el Estado a esos centros de instrucción pública son completa y profundamente antivascas, de consiguiente perniciosas, porque pugnan con el carácter del país, tendiendo a deformar el espíritu y la inteligencia de los alumnos, a sustituir la verdadera instrucción por una enseñanza puramente mecánica, y de consiguiente nula. Para el Estado, los vascos no existimos más que en la Historia, y mucho menos existen nuestra nacionalidad y lengua, que se halla totalmente prescrita de los centros de segunda enseñanza. Resultado: que el euskeldun, que es tan contribuyente como cualquiera otro ciudadano, encuentra cerradas para él las puertas de la segunda enseñanza, mientras no aprenda la lengua castellana. Supongamos que la aprende, que llega a entender medianamente lo escrito en esta lengua; siempre quedará la dificultad de expresión del *castellanoide* que decíamos ayer, del irremediable *alalo*, angustiándose por encontrar la expresión de las ideas que acaso posee bien, por dar forma oral a lo que probablemente ve de un modo claro su inteligencia y no acierta a enunciar su lengua a causa de las dificultades del idioma extraño. El caso no es fantástico, sino perfectamente real y bastante frecuente. Yo lo he visto muchas veces en los tribunales de exámenes, y he sentido la compasión inspirado por el pobre muchacho euskeldun que sabía los teoremas matemáticos y no acertaba a decirlos, y se defendía como podía en la pizarra, trazando febrilmente fórmulas y figuras, queriendo probar que todo aquello le era conocido como idea, aunque no conseguía expresarlo con palabras, por la dificultad del idioma. Y estábamos en el tribunal dos euskeldunas como él, y no podíamos decirle: *jeuskeraz esaizkuk mutill*, porque la ley lo prohíbe. En casos tales, esa ley es irracional e injusta. Esa ley debería modificarse en el sentido de autorizar en todos los centros de segunda enseñanza del país vasco, los exámenes en lengua vasca, previa solicitud del interesado, cuando dos miembros del tribunal conozcan esta lengua: este sería un firme paso en la gran obra de reparación y justicia.

Incomparablemente peor es la situación en las escuelas primarias. El espíritu de la organización oficial es aquí directamente antivasquista, y las cosas ocurren exactamente como si en la intención del legislador estuviera el matar en el espíritu de los niños todo afecto a la propia nacionalidad, y secuestrar las almas vascas de los infantiles alumnos, sustituyéndoles por otras modeladas según los cánones de la buena y seca pedagogía oficial. Repito que no voy contra el personal docente que a veces está animado de los mejores deseos; contra la organización que es desastrosa y que podría en nuestro país calificarse de popoliciada. El primer resultado de esa organización es que si en cualquier aldea euskeldun, en cualquier anteiglesia de la montaña vizcaína se encuentra un solo hombre que desconozca el idioma vasco, ese hombre único será, con absoluta seguridad, el maestro de escuela; es decir, precisamente la persona que, después del cura, mas obligada debiera estar a poseer el idioma popular.

Esas escuelas oficiales, que ahora se llaman «nacionales», sin duda por antifrasis, son aproximadamente la peor de las imposturas que el Estado ha implantado en nuestro país vasco. Parecería natural y obligado que en esas escuelas, puesto que las pagan los vascos y son para niños euskeldunas, se enseñase siquiera a leer y escribir y a contar en lengua vasca. ¡Oh, nada de eso!..... Ya hemos quedado en que para el Estado, los vascos no existen, ni su lengua, ni mucho menos su nacionalidad; en el corazón del país euskeldun, en los últimos *auzos* enclavados en las escabrosidades del Pirineo vasco, la enseñanza primaria será exclusivamente castellana, o no será. Y, naturalmente, no es, porque no puede ser: de ahí el gran número de analfabetos, de ahí el horror a la lectura, de ahí la lastimosa situación de nuestros niños euskeldunes que piden pan intelectual y no reciben más que un pedrusco pedagógico. ¿Qué atracción puede ejercer sobre el niño vasco una escuela donde está proscrita toda referencia a la historia propia, toda palabra en euskera, toda canción popular de nuestra raza, donde, por contera, se encuentra siempre en una u otra forma la institución odiosa del anillo?.....El niño siente, respecto de la escuela oficial, la retracción instintiva que es el primer gesto, aunque involuntario, de la defensa nacional. ¿Y qué clase de pedagogía absurda, irracional y despótica es esa cuyos procedimientos se están aplicando en el país euskeldun?

Oígamos una voz autorizada: «Instruir a los niños en una lengua

distinta de la suya es una acción culpable». Esto se ha dicho respecto de la escuela primaria irlandesa. ¿Quién se ha expresado con esa dureza? ¿Acaso algún *sinn-feiner* exaltado o siquiera algún nacionalista de la fracción Redmon? No, sino el profesor Atkinson, catedrático de filología de la Universidad dublinesa, muy conocido por sus tendencias anglófilas y anticeltistas, pero ante todo hombre sincero y amante de la verdad..... Y, en efecto, ved en los bancos de una escuela, de las llamadas nacionales, en país euskeldun, las caras temerosas y semi-idiotizadas de los pobres muchachos; no entienden lo que se les dice, la palabra castellana no despierta ninguna idea en esos cerebros; inmóviles en sus bancos, no aprenden nada, no abren la boca. Llega la hora del ejercicio de escribir al dictado, por ejemplo: no haya temor a que el *pedagogus* abra, para dictar, los admirables «Otoitz-gayak», del Padre Mendiburu; ni el «Peru Abarca», del insigne vizcaíno Moguel; ni el moderno y amenísimo «Garoa», de Aguirre, ni las bellas poesías de Arrese y Beitia o del otro Arrese el tolosano; ni, mucho menos, «Ipuin aberkoyak», de Aizkibel'dar Bingen: toda esta literatura vasca, que tiene su innegable valor, es absolutamente desconocida o voluntariamente ignorada tanto en las Normales como en las escuelas llamadas nacionales.

Como consecuencia de ello, el niño sale deformado de la escuela nacional, no yéndole en zaga con lastimosa frecuencia en tan desastrosa labor gran número de escuelas libres, servidas por religiosos, en gran parte, que bien podrían imitar los *Christian Brothers* de Irlanda en vez de contribuir a los que llaman «mataderos pedagógicos de Euzkadi».

En el país euskeldun la enseñanza primaria debe ser puramente euskérica, porque solamente así será provechosa y útil. La actitud de las Corporaciones, de los representantes en Cortes, de los particulares frente a este problema, debe ser firme y decidida; si queremos seguir siendo nosotros mismos, si hemos de seguir siendo vascos algo más que de nombre, es preciso arrancar de los poderes públicos el reconocimiento del derecho que el pueblo euskeldun tiene a ser instruido en su propio idioma. Cuando se piensa en el tesón inquebrantable que han puesto siempre los polacos en defender la escuela polaca (por mantener sus pequeñas diferencias lingüísticas con los rusos, diferencias que no superan a las que existen entre las lenguas española e italiana), cuando se compara ese magnífico tesón, que a veces ha sido

heroico y ha producido mártires, con nuestra apatía, con nuestra dejadez, con nuestra imbécil indiferencia por los más altos intereses de nuestro pueblo, cuando se realiza esa comparación, creedlo, no queda uno muy contento de ser vasco. El caso es de los de vida o muerte, de los de ser o no ser; y con todo ¡qué pocos son los que seriamente piensan en él!.....

A todo trance debe procurarse la introducción del euskera en nuestras escuelas «como único medio de enseñanza en el país euskeldun, como materia de enseñanza en las del país vasco erdeldun».

A este propósito señala las beneficiosísimas influencias que sobre el desarrollo del espíritu analítico del alumno podría ejercer la enseñanza de un idioma tan distinto del castellano; apoyando estas afirmaciones, no sólo en la experiencia personal, sino en el testimonio de autorizadísimas personalidades científicas.

Expone, a continuación, los resultados que en otros países, aun más decaídos lingüísticamente que el nuestro, han obtenido con un tesón que debiéramos imitar.

Toma por ejemplo Irlanda, y resulta de los datos estadísticos, que mientras en Irlanda las cifras de bilingües y de quienes sólo se expresan en la lengua propia es del 13 por 100 y 46 por 100 de la población total, las cifras respectivas en el país vasco ascienden a un 32 y un 8 por 100 de bilingües y euskeldunes puros. Pues bien, desde 1878 la lengua irlandesa es materia de enseñanza en los programas oficiales hechos por el Gobierno británico, de todas las escuelas primarias de Irlanda, mientras nosotros.....

Para ello, ante todo, continúa el Sr. Eleizalde, necesitamos tener los maestros precisos, y dirigiéndose a la juventud intelectual vasca, dijo:

Sabed que la clave maestra de todo nuestro renacimiento es la escuela primaria; sabed que es preciso ganar la escuela primaria, porque con ella lo ganamos todo, y sin ella serán vanos todos nuestros esfuerzos. La labor preliminar de hoy para ganar la escuela primaria consiste en la preparación de textos, en la adaptación de métodos, en la formación de maestros. Hoy por hoy tiene infinitamente más importancia la composición de un silabario que la de un poema heroico. Nos interesa, hoy por hoy, muchísimo más la posesión de un buen texto elemental de aritmética euskérica que la de una metafísica. Debemos, hoy por hoy, preparar con mayor cuidado la edición de un tratado de co-

sas, en lengua vasca, para los niños, que la publicación de una enciclopedia. Porque todos esos libros elementales (el silabario, la aritmética, el tratado de cosas para niños) son de necesidad urgente, urgentísima; y esotros libros superiores (el poema, la metafísica, la enciclopedia) no lo son tanto.

Puede, pues, contribuir no poco a la pronta realización de todo esto, cuyo deber primordial nuestro es llevarlo precisamente a feliz puerto, la desaparición entre nuestros literatos de ciertas divergencias fácilmente reductibles, ya que no es con francotiradores, sino con fallanges bien homogeneizadas, como puede ganarse tan áspera contienda.

La resolución de la cuestión de los dialectos en el uso literario es fundamental, así como debe evitarse la multiplicidad gráfica de las voces vascas, pues con ello se hace huir al lector de euskera, como de una especie de logogrifo chino que cada día necesita distinta clave de solución.

Cuestiones que urge resolver son las referentes a la fonética, optando (pues la síntesis de todos parece imposible) por alguno de los sistemas diversos en el uso hablado; hay que elegir entre las llamadas *mojaduras* fonéticas, escogiendo las semánticas o las asémicas; hay que decidirse en definitiva a elegir entre los varios en uso, respecto a los pocos signos gráficos aún en duda; pero ante todas las cosas la obligación primordial que pesa sobre todos los literatos euskeldunes es la de evitar el apetito de singularización que poco o mucho nos hostiga a todos. En literatura euskérica contemporánea no hay ningún maestro, pero todos nos sentimos maestrillos: todos querernos alguna nota personal en nuestras producciones y no en cuanto al fondo y asunto de ellas (que esto sería laudable) sino en minucias gramaticales, fonéticas, gráficas, en cosas que en el mejor de los casos no pasan de magistrales cominerías, y en casos peores pueden ser hasta gravemente dañosas a nuestro renacimiento literario. Pero estamos en el caso de considerar seriamente el daño que de ahí se puede seguir a la causa de la conservación y difusión del idioma. Tengamos presente, por otra parte, que el euskera no es un ente de razón sobre el que domina exclusivamente la lógica absoluta, sino un hecho natural, no sujeto al omnimodo imperio de la razón pura. Ciertamente que podemos y debemos depurar el idioma, despojándolo de sus agregados parasitarios, limpiándolo de sus capas de moho producidas por el secular desuso literario; cierto que podemos y debemos restaurar lógicamente y con sujeción al genio de la lengua los mecanismos idiomáticos que se hubieren

perdido y activar el brote de los gérmenes vivos que aun contenga; pero en todo esto hay un límite prudencial que no debe traspasarse, no sea que con los agregados parasitarios arranquemos miembros propios del idioma, no sea que ciertas supuestas restauraciones nos lleven a alterar la estructura íntima del idioma, o a detenerlo en el ciclo de su evolución natural.

Para la realización de su perentoria y patriótica labor, sería sumamente beneficiosa la creación de una Academia, claro está que no una de esas Academias cuya evocación sugiere la idea de un dormitorio de siestas de la alta burguesía intelectual que entretiene sus ocios en poner y quitar acentitos.

Para el mejor resultado propone como modelos la Academia croata o la Liga gaélica.

La Academia croata, dice, fué fundada por el ilustre obispo Strossmayer, llenando en Croacia necesidades muy semejantes a las que hoy se dejan sentir en Euzkadi a este respecto.

En nuestro país vasco uno de los obstáculos principales del renacimiento literario es el fraccionamiento dialectal; exactamente el mismo caso se presentaba en la lengua croata, y observándolo Strossmayer, trataba de reparar en la Academia este inconveniente, expresándose en los términos que siguen: «Las naciones muy pequeñas no conseguirán poseer una literatura original, mientras no lleguen a refundir la diversidad de sus dialectos en una lengua escrita única. Todos los pueblos antiguos y modernos lo han comprendido y han combinado los recursos más profundos de un idioma y su genio para producir su literatura nacional».

Racki, el abnegado colaborador del obispo Strossmayer, insistía aún sobre estas mismas ideas: «Nosotros, los yugoeslavos, estamos divididos en tres ramas por la lengua, en cuatro por la historia. Aun no hemos conseguido crear el sentimiento de la solidaridad de nuestros intereses generales. Disputamos acerca del centro de la acción yugoeslava, en lugar de tratar de conocer las fuerzas con las que podemos contar. Rebuscamos con fruición las diferencias dialectales en lugar de estudiar las riquezas del idioma común. ¡Es verdaderamente buscar tres pías al gato!»

Todos estos males habían de remediarse, a juicio de Strossmayer y de Racki, por medio del gran centro de unión y cultura, de acción y patriotismo, que había de ser la Academia yugoeslava. Pero preveía

perfectamente Racki que la actuación de este gran centro cultural sería casi nula si no había de contar con recursos pecuniarios importantes, «porque, escribía él, si la Academia ha de trabajar y progresar, es necesario que sus secretarios se dediquen por entero a sus funciones. Por tanto, es necesario que la Corporación los pague suficientemente, para que no se vean obligados a buscarse otras ocupaciones subsidiarias.

Esta Academia, en treinta y cinco años de vida, lleva publicados 303 volúmenes, que hacen un total de siete mil pliegos de composición tipográfica.

En cuanto a la Liga gaélica, su carácter es más popular, tratando de reconstruir un ambiente social nacional celtizando a Irlanda por el espíritu y el idioma.

Fundada en 1893, ya contaba en 1906 con 964 «ramas» o centros locales de actividad. Estas ramas locales tienen por objeto difundir la lengua irlandesa, hacer de ella un factor importante de la vida diaria en todos los órdenes sociales y, ante todo, organizan clases de lengua irlandesa dirigidas unas veces por profesores a sueldo del Comité central, que hacen diversas *tournées* por todo el país; otras veces por aficionados locales, que rinden un trabajo excelente, valiéndose de los métodos cuidadosamente preparados que los organismos directivos de la Liga gaélica proporcionan a sus adeptos.

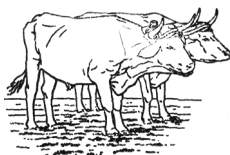
La situación de esta Liga gaélica popular, activa y propagandista, es florecidísima. Vende anualmente 200.000 ejemplares de libros y folletos en lengua irlandesa, reediciones de los viejos poetas del siglo XVIII y nuevas producciones irlandesas en todos los géneros literarios. Los ingresos de esta Asociación ascendieron en el ejercicio 1905-1906, a la cantidad de 5.000 libras esterlinas, dos mil de las cuales eran producto de la venta de libros, y el resto de cuotas y suscripciones voluntarias.

A continuación hizo el Sr. Eleizalde una breve recopilación de las dos Conferencias; y terminó contestando en los siguientes términos al «por qué y para qué de tales esfuerzos» que algunos podrían quizás insinuar:

Más breve y cómodo sería abandonarlo todo y que las aguas siguieran los mismos cauces, pero si amamos realmente a nuestra raza y a nuestro pueblo, en lugar de buscar disgregarnos de ella y de él por dar satisfacción a los apetitos individualistas, sentiríamos que los momentos más felices de nuestra vida son aquellos en los que nos halla-

mos en comunión espiritual con nuestro pueblo y nuestra raza, participando de sus esperanzas y aspiraciones, percibiendo casi físicamente la asistencia tutelar de millares de antepasados cuya sangre hemos heredado y cuyas voces, que hablan en el fondo de nuestros corazones cuando nos sentimos vascos de verdad, nos incitan a defender, cueste lo que cueste, el patrimonio racial. Y nosotros, que a veces lamentamos desmesuradamente algunas pequeñas pérdidas de dinero, no nos resignaríamos tan fácil y estúpidamente a dejar escapar los tesoros que enriquecen el espíritu de nuestro pueblo, y creo que por defenderlos, por conservarlos, por aumentarlos, nos resolveríamos a dar y a hacer todo lo que fuere necesario.

(Continuará.)



CULTURA VASCA

(Continuación.)

D. RESURRECCIÓN M. DE AZCUE

Segunda Conferencia.

Como la primera, se refiere a la «Música Popular Vasca», siendo el sumario de la disertación el siguiente:

I. Antigüedades de las canciones. — II. Evolución. — III. Prejuicios. — IV. Fuentes de conocimiento. — V. Advertencias preliminares. — VI. La melodía con relación al poema: Canto silábico. — VII. Cantidad prosódica. — VIII. Ejemplos de canto silábico: 1.^o y 2.^o — IX. Relincho humano. — X. Canto melismático. Ejemplo de melisma vasco: el 3.^o — XI. Metempsícosis. — Ejemplos 4.^o y 5.^o — XII. Verismo. — XIII. La melodía en sí misma. Escala diafónica y cromática. — XIV. Intervalos disyuntos. *Ambitus* melódico. — XV. El ritmo. — XVI. Ritmo inicial. Estadística. — XVII. *Mirlo blanco*, Ejemplo 6.^o — XVIII. Cambio de ritmo fuerte en débil. — XIX. Ritmo final. Ejemplo 7.^o — XX. Ritmo medio. — XXI. Zortziko griego y vasco. Ejemplos 8.^o y 9.^o — XXII. Causas del puntilleo en el zortziko. — XXIII. Refutación de unas cuantas erróneas apreciaciones acerca del zortziko. — XXIV. Otra amalgama periódica. Ejemplos 10 y 11. — XXV. Amalgama intermitente. Ejemplo 12. — XXVI. Del albogue. — XXVII. Tonalidad. Ejemplos 13 y 14. — XXVIII. Moraleja final.

Reanuda el Sr. Azcue su disertación sobre la música popular vasca, manifestando que aunque la antigüedad no nos ha legado muestra alguna grabada o escrita, ni de nuestro vocabulario ni de nuestro cancionero, tenemos, sin embargo, la convicción plena de que semejante a la mar, nuestro cancionero ha sido agitado por sus melodías, cadencias y ritmos de muchos siglos de origen.

Pretender escuchar ejemplos de nuestras canciones de hace veinte y más siglos, sería, como si quisiéramos ver las naves y el agua sobre las que nuestros primeros navegantes viajaron intrépidamente. Habría que congelar el agua durante siglos para conservarla.

La ley de evolución sigue hasta lo impalpable como es el sonido, y todos los cancioneros y todas las lenguas están sujetas a esa ley. Sólo el pueblo griego puede gloriarse de conservar algunas de sus primeras melodías como congeladas en la piedra.

No entra en los propósitos del disertante hacer un amplio estudio de la cultura griega, sino mostrar lo que de antiguo queda en nuestro cancionero popular.

Cita las obras más autorizadas sobre arte griego, añade, que sus estudios en la materia los ha hecho para ver lo que tiene de común con nuestro arte, y expresa su deseo de huir del tecnicismo aspero y antipático, máxime tratando de hacer únicamente un bosquejo de la materia.

La melodía puede estudiarse con relación al poema o en sí misma. Con relación al poema puede ser silábica o melismática.

El canto es silábico, cuando melodía y poema se corresponden sílaba a nota. Si una sola vocal corresponde a varios sonidos, el canto es melismático.

Tanto el canto griego como el vasco son silábicos, el nuestro constante y punto menos que impresionante.

A este propósito habla de la cantidad en los griegos, y de su clásica división en vocales largas y breves, quienes con todo rigor observaban la equivalencia de una larga a dos breves. No puede precisarse si en nuestra lengua habrá ocurrido lo mismo. Que hay vocales largas es evidente, pues las originadas por la contracción de los sonidos vocales o por la asimilación, tienen que serlo, pero también es cierto que se pronuncian como breves.

Diserta después largamente sobre la acentuación, estableciendo las diferencias que en este particular ofrece el euskera con relación a los demás idiomas; alude, entre otras particularidades, a las voces que son monótonas como substantivos y ditonas como adjetivos, mostrando ejemplos y haciendo consideraciones de carácter lingüístico.

Dice que la entonación helénica era esencialmente musical, como entre nosotros lo es, señalando para mayor semejanza la existencia en Grecia de dialectos en que, como ocurre aquí con el suletino, car-

gan el acento sobre la última sílaba, o como en varias localidades de las cinco villas, en que el esfuerzo es sobre la última o penúltimas sílaba.

Para demostrar que nuestro canto es silábico como el griego, se interpreta «Aritz adarrean» (canto amoroso guipuzcoano).

En cierta ocasión, dice luego, un amigo mío me reprochó que calificara de relincho humano el antiguo grito de guerra de los vascos, estimando mi opinión poco menos que un delito de lesa patria.

Este grito, *irrintzi* o *santzo*, expresión violenta, muy humana, expresa una pasión y en ese aspecto existen muchos semejantes en los pueblos de todos los países.

Como ejemplo del *irrintzi* introducido en forma de melisma en una canción suletina, se interpretó el «Banabilazu karriketan».

Una de las propiedades de la melodía en relación al poema, puede expresarse por medio de la falsa teoría de la «metempsícosis» o transmigración de las almas, que si es un absurdo aplicada a éstas, es absolutamente cierto que la melodía de una canción popular puede dar vida a otros poemas.

Los *bersolaris*, por ejemplo, casi siempre improvisan sus canciones sobre temas de otras composiciones ya conocidas.

Si esta «metempsícosis» existe en la música popular vasca, no hay datos para afirmar lo mismo respecto a las melodías griegas.

La cuestión del verismo en el arte musical consiste en que la distribución de cadencias musicales esté en relación con la letra del poema.

El pueblo vasco, como los demás pueblos de la tierra, es muy posible que no se haya ocupado gran cosa de este verismo en la elaboración del cancionero, si bien frecuentemente haya dado en el clavo, cuando del verismo musical ha habido ocasión de tratar.

Así dice el *lo-lo*, final de las canciones de cuna, evoca el sueño y otro tanto ocurre en diversas composiciones populares.

Entra después a definir la melodía como «sucesión» de sonidos que, ayudados por el ritmo, forman una frase musical más o menos agradable al oído y dice que nuestra escala melódica es la diatónica, pero que los griegos usaban además la cromática.

En nuestro cancionero popular no se emplea el cromatismo, no obstante estar expuesto el oído a muchos cromatismos alienígenas, casi siempre ramplones.

Trata después ampliamente de los intervalos y sostiene que el cro-

matismo apoyado por más de una autoridad, es más bien un recurso de los maestros en música.

Pasa a tratar del ritmo y después de aludir a las muchas definiciones de esta palabra griega, señala una entre ellas en los siguientes términos:

El ritmo consiste en ordenar sonidos alternativamente fuertes y débiles, de manera que den la sensación de un reposo.

Las tres clases de ritmo son: el ritmo inicial, el ritmo final, y el ritmo medio, pero de los tres el más importante es el último.

Dice que ha hecho una estadística de 100 canciones populares vascas, clasificadas según sus variedades rítmicas.

Como cantos, cuyo ritmo fuerte empieza en la segunda, menciona el «Chalopin chalo», una variante de «Chakolin chakolin» y «Aritz adarrean». Seguidamente exhibe la canción que califica de *mirlo blanco* de la Conferencia «Agure zar-zar batek», que en uno de los cuadernos de la recopilación efectuada por orden del Gobierno francés figura como pieza de danza.

Con diversos ejemplos, no exentos de ironía, presenta el fenómeno frecuente de cambio del ritmo fuerte al ritmo débil, con las escalas, arrastres que califica de *breada de tamborileros*.

Hablando de la división en ritmo masculino y femenino, dice que de 100 canciones de su estadística formada para estos efectos, sólo diecisiete ofrecen la particularidad de pertenecer al segundo grupo.

Acto seguido trata del zortziko, analizando las dos viejas preocupaciones: la de que este género era exclusivo del País Vasco y la de que el puntilleo era cosa esencial del mismo, y a este propósito se extiende, haciendo gala de sus innegables conocimientos en la materia.

Afirma, apoyado en el testimonio de D. Telesforo de Aranzadi, que los húngaros poseen el ritmo quinario y asimismo dice lo tienen los lapones.

Sin apoyar teorías de parentesco entre el zortziko vasco y viejas canciones de la antigua Helada, es lícito afirmar que el majestuoso «Helikara», el himno a Apolo es un verdadero zortziko griego. Y no es este himno el único punto de contacto que existe entre una y otra música.

A los partidarios del puntilleo en el zortziko, es conveniente advertirles que sus causas estriban en la conversión del canto, de pieza coral en pieza bailable.

(Continuará.)

CULTURA VASCA

(Continuación.)

D. TELESFORO DE ARANZADI

Primera Conferencia.

Sirvió de tema de la Conferencia «Tipo y Raza de los Vascos».

Este tema, comenzó diciendo el Sr. Aranzadi, es uno de los más interesantes, sin disputa, para nosotros. El asomarse a él de fuera adentro, sería una posición peligrosísima para el antropólogo, pues si esto hiciera, extremando la nota, le conduciría incluso a no estudiar las características de los demás pueblos.

Habla de lo expuesto que es el tema por los muchos prejuicios formados, tanto para el que quiera así estudiarlo, como para quien vaya a él de dentro afuera.

Se excusa el conferenciante del agobio que le produce su insuficiencia, la misma importancia del tema y el ser parte interesada.

Hace constar que no se presenta como profeta de ningún *ismo*, ni viene a impugnar con ningún *anti*, pero tampoco llega a la tribuna como representante de la Ciencia, con mayúscula. Que no se llamen a engaño los que hayan venido a pedirle la verdad absoluta.

Habla de los signos distintivos y, rebatiendo apreciaciones demasiado fáciles, hace notar que no existen dos individuos iguales, con rasgos forzosamente correlativos. Además, sucede que al buscar el tipo de raza es casi improbable hallar un individuo absolutamente típico de la misma. Esto no es obstáculo para que muchos poseedores de la ciencia infusa crean conocer uno y aun muchos individuos de aquella clase. Ahora bien: ¿se encuentran tales «científicos» en disposición de transmitir a otros esa creencia suya?

¿Qué es raza?, pregunta el conferenciante, y después de rechazar algunas definiciones que juzga inadmisibles, dice que «Raza» no tiene, en rigor científico, el sentido vulgar que muchas veces se le atribuye. Raza es, agrega, el conjunto de individuos que entre sí se parecen más que a otros, con rasgos fisiológicamente hereditarios.

Afirma la existencia, innegable, del tipo vasco, pero insiste en señalar los fracasos a que conduce la falta de método en buscarle, fiándose el investigador en observaciones aisladas. Cita ejemplos oportunos de este género de errores y se extiende en muy atinadas consideraciones.

Al examinar los verdaderos o pretendidos rasgos de nuestra raza, expone la definición del antropólogo de aldea, si no completamente satisfactoria como la de los antropólogos de segunda mano, con la ventaja, por lo menos, sobre ésta de ser más ingenua. El antropólogo de aldea exige:

«Euskeldun jatorra izateko sei gauza bear dira: Pillotaria izan, sagardo eralea, ibilkaria, anka-mugia, bizkar zabala ta sudur luzia.»

O sea:

«Para ser legítimo vasco se necesitan seis cosas: Ser jugador de pelota, bebedor de sidra, buen andarín, ligero de piernas, ancho de espaldas y largo de nariz.»

Después de examinar diversos métodos puestos en práctica para las investigaciones antropológicas, preconiza como el único viable el de las comparaciones en grandes estadísticas.

El idioma ayuda en algunos casos, falla en otros. En cuanto al lugar del nacimiento demuestra, después de una admirable crítica, que equivale para los efectos de la investigación antropológica, al lugar de la defunción del individuo estudiado, que puede o no ser originario del país donde nace o muere. Es un factor incompleto.

Otro tanto y en mayor escala sucede con el método de los «reyes de armas».

El Sr. Aranzadi se traslada al encerado y desarrolla una curiosa demostración, en la que llega a obtener, ascendiendo por contadas generaciones, la suma de 276 apellidos, antes de alcanzar, en cuanto a los progenitores de un individuo dado, la época en que no existían apellidos, como en el tiempo de Íñigo de Loyola, por ejemplo.

Considerando todos estos elementos de juicio, dice que hay que renunciar a la seguridad absoluta y tender a la aproximación. La cien-

cia está fundada sobre verdades relativas. La verdad absoluta no está al alcance del hombre.

Uno de los rasgos que estudia la antropología es la talla del individuo, característica que sólo en partes corresponde al nacimiento, perteneciendo el resto a las condiciones de la vida de aquél.

Otro de los rasgos es lo que se designa por constitución, esto es, el índice que incluye la talla, el peso y el pecho.

Muestra un estudio comparativo de las tallas o estaturas de los habitantes de las diferentes provincias de España con relación a un tipo fijo. En el gráfico se destacan, en primera fila, como de talla superior, Guipúzcoa y Vizcaya, pero no tanto Alava y Navarra.

En cuanto a la constitución, hace observar las proporciones inversas en la Península. Se nota que nuestro país aparece como poblado de hombres de buena constitución, pero más por el peso que por el pecho, pues éste no resalta con relación a la estatura.

La parte que da la cifra menor es la occidental de Andalucía, donde aparece el tipo de hombre esbelto, alto y de poco pecho. Y confirmando esta diferencia de constitución, dice, no hay más que comparar un torero con un pelotari.

Pasa después a tratar el tema bajo los caracteres que genéricamente se llaman de color (piel, cabello y ojos) y demuestra que en cuanto a los caracteres de color, no es en general el vasco más moreno que los habitantes de las otras provincias españolas, de modo que los que nos piensan echar hacia la parte morena de la Humanidad, resultan defraudados y no digamos los que nos quieren incluir en la negra.

Según la dentadura, estamos comprendidos entre el grupo de peor dentadura (los que para los 25 años han perdido en gran número seis piezas dentales).

Según las características de la forma de la cabeza, ocupamos una posición más proporcionada que la que caracteriza a los franceses (braquicéfalos) y a los demás españoles (dolicocefalos).

En este respecto el país peninsular se diferencia algo del traspirenaico. En el bajo navarro y en el laburdino ha debido influir bastante el francés. Claro está que como todo es según la posición que se adopte, Colignon afirma que es el castellano el que, por el contrario, ha influido en el vasco peninsular.

Y es que todos barren para adentro, y los franceses quieren barrer al vasco más allá del Pirineo.

No bastan estas dos dimensiones para establecer el tipo: hay que considerar también la de la altura craneana. Así resultamos un tipo de cabeza relativamente baja, distribuido en la Península casi en la misma proporción que el de la mala dentadura.

La nariz es otro de los caracteres a estudiar y estableciendo dos tipos extremos, de nariz alta más bien que larga, y nariz vuelta (aguileños y chatos vulgarmente), nos encontraríamos en la Península entre los más aguileños, con casi todos los castellanos viejos (menos Santander) y una zona andaluza.

Combinando todo lo expuesto, encontraríamos bien definidos en la Península los tres tipos que se dice pueblan Europa.

En la zona mediterránea, el de cabeza estrecha y alta, nariz chata, buena estatura, esbeltos y de buena dentadura, que concuerda con lo establecido para los pueblos que viven en ambas orillas del Mediterráneo.

Otra hacia el N. O. peninsular (Galicia, Asturias y aun Santander), con cabeza ancha, algo baja, corpulentos, más bien bajos y bien constituídos, de color medio y dentadura media, que recuerda bastante, aunque muy atenuado, a la raza alpina, pero claro está que menos pronunciados que como se presentan en los Alpes y en el centro de Francia.

Finalmente, el grupo de los de buena estatura, corpulentos, piel blanca, ojos azules, rubios, la raza nórdica, que tampoco es mayoría en ninguna provincia, pero que abundan, con tipos más o menos mestizos, preferentemente junto a los Pirineos.

Así tenemos las tres razas de Europa, pero nos encontramos con que el vasco no puede incluirse en ninguna de ellas, pues sus proporciones son más bien: cabeza ovalada, de líneas medias entre la alpina y la mediterránea, de poca altura (la cabeza), nariz aguileña, estatura buena, bien constituído y de mala dentadura, caracteres que ya estableció un antropólogo belga estudiando cráneos de la edad del cobre en Almería, donde encontró algunos ejemplares iguales a los de Zaurauz en París, y a los que, por lo visto, por no gustarle el nombre de vascos, les llamó de la raza pirenaica occidental.

Pero con ser esto bastante, no es suficiente, y hay que intentar llegar a ahondar más.

Explica cómo la cabeza es baja en el vasco, no por insuficiencia de desarrollo, sino por la dirección del orificio occipital. Esto hace que el vasco tenga muy mala postura para retratarse.

Parece ser que el cráneo vasco es de tipo de hueso blando, y que el resultado es como si antes de que los huesos adquiriesen dureza estuviesen soportando grandes canastos sobre la cabeza, rebajándola. Pero como está llena de algo, lo que pierde por un lado ha de ensanchar por otro, y así tenemos sienes salientes, lo que nos hace desagradables a cierta escritora, para quien sólo son simpáticos los hombres de sienes planchadas.

Muestra cómo la cabeza vasca es, vista de frente, estrecha, y con la particularidad de que su triángulo facial tiene el ángulo superior (el que tiene por vértice el entrecejo y cuyos lados pasan por la encía media superior y el orificio occipital) de poca abertura, lo que hace sea la cara recogida. A este propósito ironiza sobre los trascendentalismos basados sobre el ángulo facial en relación al talento.

Hubo un antropólogo francés, dice, que, como tantos otros, se empeñaba en sacar parecidos con los animales, y dedujo que había un tipo de vasco de liebre; no es esto ajustado; de ser comparable con algún animal, sería más ajustado hacerlo con el saltamachinos. Así al menos tendría alguna razón Voltaire, cuando nos hacía ser hombres que viven en el Pirineo, saltando perpetuamente.

El que se contente con que ya está resuelto el problema — que yo no lo estoy —, no le bastará e irá a resolverlo. ¿Tengo yo el tipo vasco?, se preguntará. Que cada uno lo resuelva por sí, pero que no me lo vengan a preguntar a mí. Unicamente he de insistir en que es muy difícil el que pueda uno decir de sí mismo, que él es el tipo.

El hombre tipo, absoluta y perfectamente proporcionado en todos sus rasgos, no existe: hay que conformarse con la parte que cada uno tenga.

Así, pues, que cada cual tenga confianza en que posee lo suficiente para ser vasco y sobre todo que sea modesto y no acuse al de enfrente, diciéndole: «Tú no eres vasco».

Después de todo, cada uno es lo que quiere ser, y el que quiera ser vasco, ya será vasco.

(Concluirá.)

CULTURA VASCA

(Continuacion.)

D. TELESFORO DE ARANZADI

Segunda Conferencia

El tema de la segunda Conferencia fué «Los gentiles del Aralar», siendo el sumario el siguiente:

«Los gentiles en la leyenda, en la historia y en la prehistoria. — El Aralar en su extensión, en su altura, clima y vegetación. — Habitabilidad. — Itinerarios—Qué es dolmen. — Cómo son los de Aralar. — Tumba. — Creencia en el más allá. — Sacrificio. — Armas. — Adornos. — Metal. — Antigüedad de los dólmenes. — Tesoro y magia. — Estatura. — Dentadura: desgaste, defectos, desfiguración. — Cabeza. — Las concomitancias con otros países. Diferencias en el Aralar.»

Si trabamos conversación — empezó diciendo el sabio antropólogo — con un aldeano o un pastor a propósito de los gentiles, en seguida hemos de formarnos idea de unos hombres que, aunque no nos lo digan ellos, se los imaginarán como gigantes; no les oímos nada de estatura, pero la idea viene a suponérmola.

Sin embargo, el vasco más se fija en la fuerza que en la estatura, y todo lo que nos cuenta de los gentiles, es de esta cualidad. A este respecto, el Sr. Aranzadi cita como ejemplo la leyenda de un gentil que desde la cima del Aralar intentó tirar una piedra muy grande hasta Estella, pero por habérsele enredado el brazo en unas zarzas, la piedra vino a caer en Torrano. Naturalmente, la hazaña que nuestros montañeses atribuyen al gentil del cuento, es la que otros pueblos han atribuido a un personaje mucho más moderno: a Roldán.

Sigue refiriendo otros casos legendarios que acerca de los gentiles se oyen a los pastores, como el de aquella familia de gentiles, que vi-

vía en lo alto de Aralar, y al ver acercarse una nube se metió en un hoyo y allí se quedó hasta que el año pasado realizó sus exploraciones el conferenciante en unión de los Sres. Eguren y Barandiarán.

Otra interpretación mucho más exacta del concepto, es la que expresa que los gentiles no eran «cristianos», o sea que eran los moradores anteriores a la primera evangelización, pues contra la opinión de algunos ligeros autores, el disertante no cree que después de la época de los Santos Prudencio y Fermín, quedaran gentiles entre los pobladores del Aralar.

Sólo antes de la primera evangelización los hubo, y más positivamente existieron esos gentiles en tiempos muy anteriores a la Era cristiana; es decir, antes de los tiempos que abarca la Historia: en la prehistoria.

De todos modos, relacionando los gentiles de la leyenda con los de la Historia y la prehistoria, se puede deducir que son los mismos, y, por tanto, si los primeros eran nuestros antepasados, es de creer que también lo fueran los últimos.

A continuación hace el Sr. Aranzadi una detallada descripción de la sierra del Aralar, de la que la parte explorada últimamente abarca próximamente un cuarto de la extensión total.

Señala las alturas principales: «Iru mugarrieta», 1.400 y pico de metros; «Alchueta», 1.300; y el en que se asienta el Santuario de San Miguel, 1.230 metros. Después describe la subida por la parte de la Barranca navarra y refuta la errónea creencia de algunos de que Aralar es una montaña falta de agua y de humedad. A falta de otros testimonios, aduce el de la etimología: *Ara lar*, pastos; lo que concuerda perfectamente con la realidad: además hay extensos hayedos, y, sobre todo, para probar su habitabilidad está el hecho de que es una montaña habitada y de condiciones superiores en este aspecto a las que pueden ofrecer muchas comarcas de Noruega, de Suecia y sobre todo de Rusia.

Deduce, pues, el conferenciante, por todos los elementos de juicio examinados, que siendo hoy habitable y habitada la montaña, no hay razón para creer que no lo fuera en la prehistoria.

Ahora bien; ¿qué hay en el Aralar, referente a los gentiles, aparte de lo que los pastores nos cuentan en sus leyendas?

Hay unas construcciones de piedra, completamente rudimentarias, debidas naturalmente a la mano del hombre. Están constituídas por

varias piedras colocadas verticalmente, sobre las cuales, y a manera de tapa de una caja, hay colocada otra de tamaño mayor.

Las dimensiones de las piedras verticales son, aproximadamente, uno y medio metros de alto, otro tanto de ancho y C,40 de grueso. La tapa de un grueso todavía mayor, mide generalmente unos cuatro metros de largo por dos de ancho.

Cubicando la tapa y calculando por el peso específico de la piedra caliza, se viene a estimar en unos 5.000 kilos el peso de cada una de estas tapas.

Estas construcciones son los «dólmenes». Dolmen es vocablo bretón, que significa a mesa de piedra».

Ahora bien; si los dólmenes del Aralar son grandes, los existentes en Bretaña son muchísimo mayores, y si la leyenda de nuestros pastores atribuye a gigantes la construcción de aquéllos, no sé que serían los que hicieron los otros dólmenes.

Señala las diferencias que aparte de la magnitud hay entre los dólmenes del Aralar y los bretones, y a este propósito diserta acerca de la configuración, disposición y otras características de los dólmenes nuestros.

Dice que en la parte navarra de la sierra, ha visitado veinticuatro dólmenes, y en la parte guipuzcoana once, habiendo visto pero no explorado por falta de tiempo, otros treinta cuando menos. Así, pues, pasan de sesenta los dólmenes vistos por el sabio catedrático en el Aralar, aunque supone que existieron muchos más en la época en que estos lugares estuvieron poblados por los hombres prehistóricos.

Señala varios de los veintiséis que llevan su nombre correspondiente impuesto por el Sr. Aranzadi y compañeros de exploración. Esas denominaciones no son arbitrarias, sino que, en cada caso, ha respetado la designación toponímica del lugar en que se levanta el dolmen.

El primero de los que figuran en el plano, es el dolmen «Arantzadi», y no se crea, advierte el sabio antropólogo, que esta denominación se le dió en honor mío. Por motivo de comodidad para nuestros trabajos, optamos por comenzar la exploración por aquel dolmen; fuimos a él y resultó que éramos tocayos. Aquel lugar se llama Arantzadi.

Hace resaltar las diferentes particularidades de los dólmenes del Aralar. Una de las más notables que se da en todos los casos, es la de que todos ellos se encuentran rodeados de piedras en su base y alguno, como el de «Ziñeko gurutze», completamente cubierto de ellas.

Otra de las características de estos dólmenes es la de que casi todos tienen la entrada mirando al Oriente, con ligera variación. Con este motivo alude a la modificación de los puntos cardinales operada en el sistema al cabo de los miles de años que median entre las épocas prehistóricas y nuestros tiempos.

Hay, sin embargo, un dolmen cuya entrada está situada hacia el sur.

Analiza estos y otros aspectos de los dólmenes vascos y de otros países, así como las conclusiones de la ciencia, para mostrar el carácter de tumbas o lugares de enterramiento que tenían aquellas construcciones, deduciendo que existía entre los gentiles la creencia en una vida futura.

Proyectáronse algunas fotografías de dólmenes y entre ellas de uno sin tapa. A éste, que mide cuatro metros de largo por dos de ancho, le fué quitada la tapa, hace nada más que sesenta años, por unos que no eran gentiles. El conferenciante habló, junto al lugar indicado, con personas que conocieron a los autores de la hazaña. He aquí que se plantea la interesante cuestión de la fuerza de los gigantes de la leyenda. ¿Cómo pudieron los pastores de hoy bajar aquella colosal piedra? Muy sencillo: valiéndose de ramas fuertes de árbol. Véase cómo lo que los gentiles hacían lo pueden hacer, sin máquinas, los hombres de nuestro tiempo, pues entre poner y quitar una tapa de aquéllas, no existe gran diferencia para el que entiende los rudimentos de la mecánica.

Esto reduce, sin hablar de otros elementos de comparación, que veremos después, las proporciones de la supuesta fuerza de los gentiles.

Habla de dólmenes que tienen dos departamentos. No les llama habitaciones, porque los difuntos no «habitan».

Describe el dolmen «Arraztaran», que se presta, apurando un poco su etimología, a fantasías como la de creer que allí enterraron al divino «azti», a quien venían a consultar sus vecinos y a quien, con sus donativos, hicieron más rico que los otros. Se extiende en curiosas hipótesis sobre los sacrificios; dice que hay entre los explorados un dolmen que ofrece indicios para no rechazar esta hipótesis.

Pasa a hablar de los objetos encontrados en los dólmenes, y hace proyectar en la pantalla interesantísimas fotografías de armas, utensilios y objetos de adorno, puntas de flecha, anzuelos, puntas de lanza, cuchillos, etc., de pedernal, de cuyo examen el conferenciante va exponiendo hipótesis, comparaciones y deducciones de positivo valor.

A propósito de la raíz «ar» y «aiz» del euskera, que se encuentra en las voces cuchillo, azada, etc., recoge la frase de que nuestra lengua es la lengua de la edad de piedra, y afirma que no que es de la época de la luz eléctrica y de los aeroplanos, puesto que vive. Más propio es decir, que también se hablara en la edad de piedra.

Sigue mostrando nuevos objetos encontrados en las excavaciones, tales como cuentas de collar de cuerno de ciervo, mandíbulas de lirón o ardilla, anillos y otros objetos de cobre, entre ellos un curioso punzón que plantea la cuestión de si sería practicado el taraceo o tatuaje entre nuestros antepasados los gentiles.

Exhibe fotografías de conchas fósiles, probablemente objetos de superstición que usaron los gentiles, cosa que a muchos de los civilizados del siglo XX no debe extrañar, cuando en medio de la intensa cultura de nuestros días, ellos mismos observan otras supersticiones no menos extrañas ni ridículas que los pobres gentiles de la montaña vasca.

Proyecta en el lienzo la fotografía de una magnífica dentadura, encontrada en un dolmen, tan envidiable, que ninguno de los descubridores la tenía tan buena.

Estudia los caracteres y particularidades de esta dentadura, haciendo notar el desgaste uniforme que se observa en una parte determinada de la misma. En opinión del conferenciante, puede atribuirse aquello al género de alimentación de los gentiles, que muy bien puede ser el de los cereales o raíces molidos entre dos piedras ásperas cuyo granito, mezclado con el polvo o papilla, fuera limando paulatinamente los dientes.

Habla de los huesos descubiertos, en su mayor parte rotos, pero que muchos de ellos pudieron completarse y pegarse. Los hay de brazos y piernas. Pues bien, midiéndolos según los métodos antropológicos, se ha llegado a deducir que la estatura de los gentiles era por el estilo de la de los pastores o labradores de hoy, o sea el término medio de estatura que las estadísticas antropológicas reconocen a los guipuzcoanos; ésto, alguno de los huesos, porque hay otros que no pasan de la estatura media de los navarros, algo inferior a la de los primeros.

Luego los gentiles no eran gigantes.

En cuanto a la fuerza, del examen científico de los huesos no se viene a concluir que tuvieran mucha más fuerza que los pastores y labradores modernos del mismo Aralar y de sus valles vecinos.

Estudia el interesante aspecto de los cráneos y exhibe la fotografía de dos de los hallados en los dólmenes. Uno de ellos fué recogido en catorce pedazos, y el reconstituirlo fué un verdadero rompecabezas.

Examinando con detención los rasgos antropológicos de las dos cabezas de la fotografía (una de hombre y otra de mujer), se aprecia en ellas su figura ovalada, característica del tipo vasco, y proporcionada en largura y anchura; son cabezas dolicocefalas, como las que distinguen principalmente al vasco actual de aquende el Pirineo, más que a los de la otra parte. Señala los demás caracteres coincidentes entre los cráneos prehistóricos del Aralar y el de los vascos modernos, llegando a la deducción de que este detalle, además de todos los otros que lo apoyan, prueba que los habitantes prehistóricos del Aralar, los gentiles, fueron los antepasados del vasco actual.

Recuerda en un inciso el descubrimiento, único hasta hoy en Europa, realizado en esta exploración del Aralar, de dos dientes tallados en su corona, en forma de V invertida.

Volviendo al aspecto de la progenie de la raza vasca, rechaza por su escaso o ningún fundamento la creencia de algunos historiadores y geógrafos que se empeñan en atribuir absurdas andanzas y orígenes a los primeros habitantes de esta parte de Europa y afirma por el contrario que hay muchas razones para creer que los vascos son los más europeos de los europeos, por lo menos del Occidente.

Señala las concomitancias y diferencias que hay entre los dólmenes y objetos descubiertos en ellos, del Aralar y del mediodía de Francia, y a este propósito habla de la antigua Aquitania y del posible próximo parentesco de los antiguos habitantes de esta región con los vascos. Además, los objetos tienen parecido con los hallados en las estaciones lacustres de Suiza, dándose la particularidad de que el cráneo del tipo lacustre coincidía en muchos rasgos con la cabeza tipo de la raza vasca. De modo que cabe la hipótesis de que, aparte de la cultura, la raza si no idéntica, muy parecida, se extendió en los tiempos prehistóricos por toda la zona que sube desde el Pirineo hasta los lagos suizos.

¿De dónde vino o vinieron? Esto no puede precisarse; para ello se necesitaría conocer las etapas de su peregrinación, y éstas permanecen ignoradas.
